



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

## **LOS NIÑOS Y NIÑAS DE ALLENDE, FRAGMENTOS DE UNA HISTORIA ROTA**

¿Cómo vivieron los niños y niñas chilenos los mil días de la Unidad Popular, el golpe y la represión? Un grupo de periodistas y escritores retorna a su infancia, a través de un íntimo viaje en el tiempo, para entregarnos su respuesta.

**PAOLA ANDREA PASSIG VILLANUEVA**

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Escrita: Reportaje

PROFESOR GUÍA: DINO PANCANI

SANTIAGO DE CHILE

DICIEMBRE/ 2021

*A todos los niños que dejaron de ser niños ese día....*

*“Empecé a recordar con mucha más precisión que antes, cuando sólo contaba con la ayuda del pasado”.*

*“La casa de los conejos” ( Laura Alcoba)*

## Agradecimientos

*A mis hijos, por la paciencia de haber tenido una madre periodista, y a los amigos y amigas que encontré en este camino; al periodismo mismo, por haberme permitido sondear, durante casi 40 años, en el alma de muchos y muchas, e incidir, aunque haya sido un poquito, en la contingencia de este Chile siempre al borde del abismo; especialmente, al periodismo político, al que llegué casi sin querer, pero que a la luz de mi propio relato en este trabajo, descubrí que siempre estuvo allí, presionando para salir. Un periodismo político donde aprendí que el cinismo no tiene límite, pero donde también observé a hombres y mujeres que trabajan de verdad para construir un país mejor.*

## Índice

Introducción	5
Capítulos	
El día del Golpe	6
Liberación del trauma	10
Memoria y resistencia	13
Radio Moscú	16
La hoguera en el patio	21
Muñecas torturadas	25
Loa valientes soldados	28
Resistencia pichanguera	30
Picnic en el baño	34
La tía Marta	37
Alessandri “Volerá”	41
La Antena de Radio Corporación	45
Los techos de La Legua	47
Las BRM, los muros de Allende	50
El cura Mario	53
Lonquén, tan lejos tan cerca	57
El nuevo mundo	62
Microhistoriadores	65
Fuentes y bibliografía	68

## Introducción

Este trabajo busca, a través de entrevistas y metodología cualitativa, utilizando la técnica de historias de vida, hacer una aproximación a cómo vivieron niñas y niños, de entre 7 y 13 años y de diversos estratos económicos - todos vinculados al periodismo y a las letras- el día del Golpe de Estado.

Pero no se trata sólo de recordar la fatídica jornada que transformó el país para siempre - los aviones bombardeando La Moneda, las radios silenciadas, bandos militares o las noticias de muertes y torturados-, sino que también adentrarse en cómo era la vida, sus vidas, en esa época. Por lo tanto, a través de sus recuerdos nos adentramos en el Chile de los 70. Politización extrema, incluso en la educación básica, donde se producían minidebates en las salas de clase; polarización que quedaba en evidencia en los enfrentamientos callejeros entre “momios” y “upelientos; una vida simple, sin consumismo, donde el flagelo era la desnutrición y niños a pata pelada; la entrega de medio litro de leche a cada niño y niña a través de los consultorios, medida que sigue vigente hasta hoy; el desabastecimiento como medida de resistencia de la derecha por lo que los chilenos y chilenas tuvieron que dedicar muchas horas al día a hacer largas colas para comprar artículos básicos, y con esto el surgimiento de las JAP que buscaron mejorar la distribución.

También el acceso a la lectura, a través de la editorial Quimantú, y a la cultura en general. Todo era más barato y accesible. Los “patipelados” habían llegado al poder.

Los mil días del gobierno de Allende instalaron esperanza, pero tras el Golpe, llegó el miedo y la angustia. Lo más triste fue entender de manera brutal que la Cantata Santa María de Iquique, de Luis Advis, era más que un conjunto de canciones, porque de verdad que “Chile es un país tan largo, mil cosas pueden pasar”.

## EL DÍA DEL GOLPE

“El compañero presidente ha muerto”, se escucha en Radio Moscú. Y aunque los medios nacionales hablaban hace horas de que Allende se había suicidado nada era claro; ¿quién puede olvidar al periodista de canal 13, Claudio Sánchez, transmitiendo el bombardeo de La Moneda, casi feliz, y hablando de la muerte del mandatario socialista? Entonces, con la prensa antigolpe silenciada y puros bandos militares, todo lo anunciado y reportado carecía de veracidad absoluta. ¿Lo habían asesinado? ¿Se había ido a Cuba o a otro país escapando de los bombardeos? ¿Se había suicidado? ¿Estaba refugiado en alguna parte del país o en alguna embajada?

Bueno, la noticia de Radio Moscú, emisora soviética que no era fácil sintonizar -por lo que había que hacer una serie de maniobras con antenas improvisadas para captar la onda- confirmó uno de los peores escenarios.

En mi casa lloraban; yo, con 10 años, también. Entendía, pero no entendía mientras desde la ventana observaba a decenas de militares patrullando las calles que rodeaban la Villa Robert Kennedy -que se ubicaba a unas 10 cuadras de la Villa Francia- y donde 15 años después Carabineros asesinaría a balazos y mansalva, frente a mí departamento, a los hermanos Vergara Toledo, cuando venían escapando desde su población y quienes, con el paso de los años, se convirtieron en el símbolo del Día del Joven Combatiente.

Pero regresemos a ese día: Yo fui una de los miles de niños y niñas chilenos que quedamos ese día con la infancia truncada. Del revuelo social, que uno podía respirar en el aire, en los meses previos al golpe, nos fuimos directamente a vivir en dictadura. Estuvimos sin clases varias semanas. Fue un paréntesis, porque cuando regresamos, nada fue lo mismo. Había toque de queda, muertos, miedo. El país cambió de un plumazo y las consecuencias de ese día, de esos hechos, y de ese proceso, lo seguimos viviendo hasta hoy porque la impronta que dejó ese día, caló hondo en el pensamiento e, incluso, quedó grabado en un sistema económico draconiano que cambió el modo de vivir de los chilenos que pasamos de la simpleza y las cosas hechas en Chile, al consumismo brutal.

Mi historia se suma a otras como a la de un pequeño y flaco Marcelo Novoa, quien se asombra cuando en el acto cívico de los lunes la canción nacional esconde las tradicionales estrofas para sumar otra nueva. Es octubre y vuelve a clases después de “unas largas vacaciones del 36”, película de 1976, de Jaime Camino, que hace referencia al largo periodo sin clases que se produjo luego que se desatara la guerra civil española. El film aborda, justamente, a través de la mirada de los niños, la desazón y la incerteza que se instalan en varias familias de Barcelona que deciden alargar sus vacaciones en un balneario cercano.

También está la historia de Marco Sotomayor, que, con ocho años, se arrastra hasta su casa cuando regresa del colegio porque los aviones están bombardeando la radio Corporación, ubicada a un costado de su hogar, o la de Esteban Valenzuela, quien, con 11 años, relata su primer beso al alero de las revistas Cabrochico -revista infantil de Editorial Quimantú- y el kiosko pluralista de Osvaldo, que hacía las veces de “people meter” de la política nacional de esos días, en el barrio Central de Rancagua.

En Ñuñoa, Eduardo Rossel, que ya tiene 13, encuentra, entre las rumas de libros, documentos, poster y cosas quemadas en hogueras improvisadas, en Avenida Irrazaval, un long play de la Cantata San María, media chamuscada, que logró rescatar de las llamas. O la de Ximena Ceardi, quien, meses después del golpe, se queda dormida debajo de la mesa, observando una chuica de vino mientras sus tíos realizan una reunión clandestina del Partido Comunista en la cocina de su abuela, tras lo cual decide jugar a torturar muñecas.

Se suma, además, Marcelo Simonetti, escritor, quien, con apenas 7 años, pasa la noche con su familia durmiendo en colchones tirados en una pieza, para esquivar las balas locas que esa noche y muchas más, amenazarían los cielos de Valparaíso. Tiempo después se enteraría que la tía Marta había desaparecido. Unos años después, en 1977, encontraron su cuerpo atado a un riel sobre las arenas de la playa La Ballena. Había sido lanzada al mar.

### **Niños” golpeados”**

Somos los niños del 73. Los que vivieron entre la euforia, el temor, la esperanza y el miedo de sus familias, los procesos históricos que se desarrollaron en Chile a partir del año 68 y hasta mediados de los 70. Hijos de la Reforma Agraria, que se inició durante el gobierno de Jorge Alessandri y continuó con Eduardo Frei, pero que profundizó Salvador Allende con

expropiaciones de tierras que enardecieron a la derecha latifundista. También del toque de queda, de los enfrentamientos entre militantes del MIR y Patria y Libertad, del exilio y la leche en las escuelas, y de las largas colas que generaba el desabastecimiento y que las JAP (Juntas de Abastecimiento y control de Precios), que creó el gobierno de la UP, trataban de neutralizar, principalmente desde 1972. Las JAP tenían un doble objetivo: controlar la inflación y el desabastecimiento, por un lado, y realizar un trabajo ideológico sobre los consumidores y pequeños comerciantes, por otro.

Después del golpe empezaron los rumores a media voz sobre detenidos desaparecidos y la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), la policía secreta de la dictadura, entre 1973 y 1977, periodo en que, según la página del colectivo Memoria Viva, fue responsable del asesinato de 2.279 personas y la desaparición forzada de otras 957.

Somos los niños de la UP, el golpe y la dictadura que hoy cruzamos la cincuentena y pertenecemos, sin duda, a una generación que todavía se asusta cuando siente el ruido de demasiados helicópteros cruzando el cielo o cuando ve militares tomándose las calles.

Entre los recuerdos compartidos de todas las historias recogidas hay eslabones, coincidencias y elementos que se repiten y que dan cuenta de cómo era la vida cotidiana y la no tan cotidiana en esos días: la entrega del medio litro de leche al día por niño, que luego se convirtió en la leche en polvo que se entregaba y se sigue entregando en los consultorios; el concepto de solidaridad -que se expresa, por ejemplo, en la costumbre de compartir la televisión y el teléfono con los vecinos-; las propuestas de educación gratuita, o las onces populares en el edificio que se construyó, en menos de un año, para la Unctad III (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo en el Tercer Mundo), y que luego se convirtió en el Centro Cultural Metropolitano Gabriela Mistral.

Pero “las onces populares” y toda la connotación cultural de ese icónico edificio se derrumbó porque, tras el golpe, la Junta Militar lo ocupó como sede de Gobierno hasta 1981, bajo el nombre de Edificio Diego Portales ya que La Moneda se encontraba destruida tras el bombardeo del 11 de septiembre. Con el retorno a la democracia y la reconstrucción de la torre, en que funcionaba el Ministerio de Defensa, volvió a ser un espacio dedicado a la cultura y las artes, rescatando su primer nombre: Centro Cultural Gabriela Mistral: GAM.



También son recuerdos de esos años en esos años el acceso a bienes culturales baratos como, por ejemplo, los libros de la editorial Quimantú que se vendían en los kioskos, y que ocupó las instalaciones de la entonces quebrada Editorial Zig-Zag. Su producción fue tan intensa que, en 21 meses de trabajo, la División Editorial publicó, según su entonces director, Joaquín Gutiérrez Mangel, 250 títulos: 130 literarios, 50 de Nosotros los chilenos y 70 de las colecciones Clásicos del pensamiento social y Camino abierto, dedicadas a la sociología, la política, etc.

La editorial sumó, además, la revista Cabrochico -que explicaba, con peras y manzanas, la lucha de clase a los niños-, y la revista Ramona, de las JJCC, que buscaba ser un símil de la juvenil revista Ritmo, pero con conciencia social.

En medio de este mundo efervescente, los recuerdos infantiles coinciden en el importante rol que tuvieron en esa época los medios de comunicación como, también, la incertidumbre que se instaló en sus familias cuando las radios dejaron de transmitir.

## LIBERACIÓN DEL TRAUMA

“Quienes vivieron la niñez en esa época no se han liberado del trauma”, sostiene el psiquiatra Rodrigo Erazo, quien fuera médico tratante de casos de tortura a través del Codepu (Corporación de Defensa de los Derechos del Pueblo). Primero, aclara, porque el trauma infantil es preconceptual y se arraiga en las emociones y en el cuerpo y ni unos ni otros pueden ser sanados a través de los estudios sociológicos, los documentales o los tratados historiográficos.

Segundo, porque los niños del 73 son una generación huérfana; con padres tan choqueados, confundidos, beligerantes o atormentados, que no fueron capaces de preocuparse, ni de tranquilizar, ni de conversar de lo que sucedía con estos niños que veían todo, que escuchaban todo, que sentían todo, pero que estaban inhabilitados para comprender la magnitud de la historia que estaban viviendo a no ser por frases escuchadas al azar “entre los grandes” y generalmente, escondidos detrás de las puertas...

“Crecieron (y crecimos) entre el miedo y el silencio” continúa el especialista en trauma. “Y el miedo no ‘suelta’ a menos que uno sea capaz de experimentarlo retrotrayéndose al momento en que se produjo el hecho causante, para enfrentarlo. Recordar -o sea, volver a pasar por el corazón y los sentidos- y ser capaces de expresar en palabras y públicamente lo vivido, es, entonces, una forma de sanarse del miedo y el silencio”, afirma.

A su juicio la mirada infantil es curiosa, limpia y resiliente ante todo “porque el terreno en el que se despliegan estas historias es el de la inocencia, pero también de la pérdida de la inocencia, el de una inocencia trastocada, cortada”.

### **Resiliencia dorada**

Este reportaje caleidoscópico recupera, entonces, testimonios de periodistas y escritores que vivieron su infancia en el periodo comprendido entre 1968 y 1976, época en que tenían entre 5 y 12 años. Un periodo en que Chile vivió profundas transformaciones: la reforma agraria, la reforma universitaria y su inspiración en el mayo del 68 francés, el surgimiento de partidos de izquierda de raíz cristiana como el Mapu o la Izquierda Cristiana, el surgimiento

de un gobierno socialista a través de las urnas y todas las medidas que se aplicaron en este proceso. Luego, el golpe y la brutal represión con casos como el de Lonquén, donde se recuperaron 15 cuerpos de hombres, de entre 15 y 51 años, detenidos en Isla de Maipo, y cuyo hallazgo demostró que la existencia de detenidos desaparecidos no era una fábula de la izquierda.

Se trata, entonces, de niños y niñas que vivieron este proceso histórico ligado a la muerte de un sistema democrático y a la instauración de una dictadura. Se trata de particulares escenas, fragmentos diminutos de cualquier historia personal, contados desde la perspectiva infantil, e incluso, preadolescente... Es decir, desde las emociones, los sentidos, la curiosidad, y del trauma, pero también desde la resiliencia.

Este concepto, la resiliencia, inicialmente usado en los metales -que determinaba la capacidad de estos para resistir y ser flexibles a las diferentes pruebas a las que son sometidos-, posteriormente, comenzó a ser aplicado a otras disciplinas como la psicología. Poniendo el foco en lo humano, este proceso se pone en marcha en multitud de situaciones de crisis, catástrofes naturales, genocidios, violencia, abusos, donde la resistencia de los diferentes grupos humanos es puesta a prueba. Y si los chilenos somos resilientes porque enfrentamos permanentemente catástrofes, los niños lo son por naturaleza.

El Dr. Jorge Barudy, neurosiquiatra, siquiatria infantil, sicoterapeuta y terapeuta familiar, defiende los contextos ambientales de buenos tratos como base para el fomento de la resiliencia infantil. “El afecto y el respeto entre padres e hijos, y de hijos hacia sus padres, es el resultado de los cuidados, la protección, la educación y la socialización que las madres y padres entregan a sus hijos e hijas. Esto los prepara para crecer sanamente y hacer frente a las adversidades, lo que se conoce como resiliencia”, sostiene.

Estas mismas investigaciones sobre el desarrollo del cerebro, han mostrado que, a pesar del daño precoz, el cerebro es flexible, por lo que se pueden estimular nuevos circuitos y recuperar funciones perdidas. “Existen, por lo tanto, herramientas que reducen el impacto destructor de la violencia y los malos tratos en los niños y jóvenes. Esto es factible si existe por lo menos una persona que los trate con amor y respeto incondicional. Los padres adoptivos, a través de una relación de buen trato, estructurada y coherente, pueden dar

ejemplo de que el mundo no es sólo agresión, carencias y violencia, estimulando así los recursos personales de sus hijos e hijas adoptadas, recursos que les permitirán superar las consecuencias del daño sufrido. Esto es lo que se conoce como la resiliencia”, explica Barudy.

Un proceso que puede encontrar cierta equivalencia en el kintsugi, una técnica oriental para reparar objetos rotos rellenando las grietas con oro. El resultado es que la cerámica no sólo se repara, sino que queda más fuerte que la original. Entonces, en vez de intentar ocultar los defectos, estos se acentúan con el oro, haciendo que esa parte se convierta en la más fuerte de la pieza.

De hecho, entre los japoneses existe la creencia de que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia, se vuelve más hermoso. Mirado así, el kintsugi agrega un nivel de complejidad estética a las piezas reparadas y convierte a las antiguas vasijas pegadas, en piezas más valoradas que las que no están rotas.

## MEMORIA Y RESISTENCIA

En la investigación “El pasado de los niños: Recuerdos de infancia y familia en dictadura (Chile, 1973-1989)”, de Patricia Castillo-Gallardo y Nicolás Peña, de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, y Cristóbal Rojas Becker y Génesis Briones, de la Universidad Diego Portales, advierten que muchas de las enunciaciones íntimas del universo infantil pueden interpretarse como formas de resistencia “porque los seres humanos -en el proceso de constituirse en sujetos de la cultura-, reproducen, pero sobre todo recrean los significantes que circulan en el entorno. En esta recreación les asignan un significado singular a las propuestas provenientes del medio social. Dicho proceso de construcción de la subjetividad requiere un espacio privado, a resguardo del mundo adulto, que depende del sistema de codificación que cada niño(a) invente para proteger su proceso”.

En esa misma línea se afirma que “los registros infantiles generalmente están codificados en un lenguaje otro, una versión figurativa, que se cuele entre palabras que se toman prestadas del entorno y se utilizan para nombrar cuestiones muchas veces innombrables. Más aún cuando de lo que se trata es de resguardar una historia propia -un futuro pasado- en circunstancias históricas en las que guardar registro es considerado peligroso y está prohibido por el mundo adulto”.

En ese sentido, agregan en su estudio, “el ‘recuerdo de infancia’ opera muchas veces como el testimonio vivo de una resistencia inexorable –‘yo lo viví así’–, y conserva el carácter subjetivo de la experiencia, a través de la cual se inscribió en la memoria. Permanece, muchas veces resistiendo, por fuera del consenso social que dio origen al discurso público acerca de lo que verdaderamente ocurrió”.

En la investigación los autores establecen que “el despliegue de la dinámica subjetiva que opera en la construcción del “recuerdo de infancia”, y los registros infantiles pertenecientes al archivo de la infancia en dictadura, esclarece la lectura en primera persona de los(as) niños(as) acerca de la situación en el país y, a su vez, sobre los mandatos parentales de la época. Manifestando, en algunos casos, acuerdo y participación con los ideales familiares, y en otros, abiertas críticas al respecto. Las emociones sentidas y la formación de una opinión,

son procesos activos que se realizan con autonomía del sistema familiar y por ello, se trata de espacios de resistencia”.

### **Tejer la vida**

María Jesús Catalán, psicóloga, terapeuta de Juego y especialista en apego y desarrollo infantil, explica que para vivencias y procesos traumáticos -como los que vivieron los niños que experimentaron el golpe, la resiliencia ayuda, como dice Boris Cyrulnik -neurólogo, psiquiatra, psicoanalista y etólogo francés- a “tejer la vida”.

“La resiliencia reduce la intensidad del estrés y los índices emocionales negativos (ansiedad, depresión y cólera) y, al mismo tiempo, aumenta la curiosidad y la salud emocional. De este modo, podemos considerarla eficaz para la promoción de la salud mental y emocional; es más, la resiliencia se puede aplicar al conjunto del ciclo de vida y a todos los campos. Todo ello hace que podamos hablar de educar para la resiliencia y de promoverla”, indica Catalán.

Desde esta perspectiva, agrega, resulta prioritario saber cómo podemos fomentar, en el ambiente cotidiano (familia, escuela y entorno social) el desarrollo de la resiliencia, teniendo en cuenta que el entorno es el mismo en el que el niño crece y donde podemos observar los factores que ayudan o dificultan una reconstrucción.

“El término, ‘tejer la vida’, se usa como representación mental compatible con el desarrollo de estrategias de resiliencia y de reconstrucción del tejido social. En consecuencia, la resiliencia ya no se considera absoluta y global sino relativa, y dependiente del equilibrio dinámico de los factores personales, familiares y sociales, así como de los momentos del ciclo de vida, limitados a ciertas zonas de la adaptación. Es muy probable que, en el caso de estos niños -que vivieron el proceso del 73 de manera traumática para su desarrollo infantil, en una suerte de niñez alterada-, hayan activado su resiliencia escribiendo, narrando, analizando de manera emocional, pero también a nivel racional, el proceso y las circunstancias que vivieron”, explica la terapeuta.

Por eso, todos los entrevistados, de una u otra forma, activaron sus procesos de resiliencia en su época infantil, donde el miedo se convirtió en una nueva normalidad. Por lo tanto,

escuchar ciertas canciones, vestirse de una manera específica, leer determinados libros, discutir de algunos temas, tener el pelo de tal o cual manera, eran comportamientos de resistencia casi naturales. Sin embargo, al tratarse de niños/niñas o preadolescentes, esa nueva normalidad resignificó un proceso de transición biológico-cultural habitual al crecimiento y la travesía de la niñez a la adolescencia, a uno más mucho más violento y con altos grados de incertidumbre.

El resultado es el paso desde un país convulsionado por los cambios, que algunos de los entrevistados definen como un país en colores, a uno gris y en algunos casos, hasta negro. Sobrevivieron a este cambio, no sin magulladuras, aumentando los niveles de introspección pero, sobre todo, la capacidad de observación.

## RADIO MOSCÚ

En mi caso, el primer recuerdo que se me viene a la memoria de ese día tan triste, es la confirmación, a través de Radio Moscú, de que el Presidente Allende había muerto. Tenía 10 años y con mi hermana, de 9, estábamos leyendo unos Mampato viejos cuando vimos a la mamá caer sobre la oscura silla frailer del comedor. Hasta ese momento sólo había incertidumbre. La información era fragmentada y nadie sabía mucho lo que de verdad estaba pasando. Recuerdo que se hablaba de toque de queda mientras ya se veían algunos militares patrullando en la calle.

La radio Moscú no era fácil de sintonizar. Había que hacer unas cuantas maniobras, como utilizar una antena vieja o un alambrito amarrado con cinta de embalaje. No sé cómo mi mamá consiguió la frecuencia o quién se la dio, pero moviendo perillas y alambritos, dimos con la radio mientras se subía un poco la música del tocadiscos Telefunken para contrarrestar vecinos delatores.

Esa noche, habló Volodia Teitelboim, quien se encontraba fuera del país, precipitando el debut del programa, “Escucha, Chile”, que se extendió entre 1973 y el 31 de enero de 1989. Por ahí desfilaron dirigentes, periodistas e intelectuales del Partido Comunista en el exilio y diversos colaboradores, entre los que destacan: José Miguel Varas, quien fuera el director del programa, Ligeia Balladares, Marcel Garcés, Miguel Garay, Eduardo Labarca, René Largo Farías, Guillermo Ravest, José Secall, Orlando Millas, Hernán Rodríguez Molina, el poeta ruso Guennadi Spersky y la locutora Katia Olévskaia. Además de un importante grupo de chilenos trabajadores de las comunicaciones que estaban exiliados en Europa.

Varias horas antes, cuando regresamos del colegio, tipo 10 de la mañana, habíamos escuchado la transmisión o la repetición del último discurso que dio Allende en radio Magallanes. Con una voz -que a ratos me recordaba la voz metálica de Pablo Neruda, recitando Las Alturas de Machu Pichu, en un long play que había en la casa- llamó a pensar, no en el ahora, sino que en el futuro. No lo entendí mucho en ese momento, pero parecía triste y desolado. Habló del hombre libre, de las grandes alamedas, de que otros vendrán más adelante a terminar lo que había comenzado. Era una despedida que ponía y sigue poniendo



la piel de gallina y que retumbaba en mi cabeza como un aleteo de palomas heridas. Algo o todo parecía raro, inasible, inentendible.

Recuerdo que ese día partió casi normal y a pesar de los rumores de que había movimiento de tropas en Valparaíso, igual fuimos al colegio. Estábamos en clase cuando empezaron a pasar los aviones y luego escuchamos los primeros bombardeos. No recuerdo si fueron tres, cuatro o cinco. Sólo sentíamos el estruendo de las bombas que no se aplacó, a pesar de estar en el sector de General Velásquez, a unas 20 cuadras de La Moneda.

En la sala nos mirábamos las caras. No entendíamos, aunque algo entendíamos. Había miedo, incomodidad, rabia también. La profesora de lenguaje seguía haciendo clases, aunque nadie la escucha. De pronto irrumpió el subdirector para decirnos “¡todos se van a sus casas!”. El minibus amarillo del colegio nos estaba esperando.

Con mi hermana entendimos que la cosa era seria porque desde la liebre escolar (las liebres eran unas micros chiquitas y les decían liebres porque se suponía que eran más rápidas) seguíamos escuchando los aviones y bombardeos. En el trayecto las calles se veían tétricas, algunas completamente vacías y otras atiborradas de gente que regresaba a sus casas desesperada.

Cuando llegamos, el departamento es un caos. Mi mamá, siempre de izquierda, aunque nunca fue a votar ni a una concentración o algo así, está desfigurada. Julito Videla fue el último en transmitir antes que bombardearan la antena de Radio Corporación. También cayó la de Radio Portales. Sin radios, todo parece apocalíptico. Para tranquilizarse mi madre se pone a hacer almuerzo. Lo típico en casos de crisis: arroz con huevo. Más tarde comienza a preparar una olla de sémola con la leche en polvo que entregaba el gobierno.

Tipo una de la tarde llega mi abuela, que vivía a unas 10 cuadras, gritando “aparecieron los pollos”. Y es que, hasta antes del golpe, la comida era escasa. No había carne, ni pollo, ni parafina, tampoco azúcar y harina. Todo era colas y colas. Entonces, nos organizábamos: una hacía la cola de la parafina, otra la del pan, mi mamá esperaba la carne y mi papá se conseguía sacos de harina, azúcar y leche, mucha leche, porque trabajaba en el Instituto de Investigaciones Agropecuarias (INIA). Un saco de azúcar permanecía bajo una cama como garantía de una vida dulce.

Cuando vino la abuela a avisar de los pollos, porque no teníamos teléfono, comenzó una seguidilla de elucubraciones: “dicen que el Presidente se va a Cuba”, “dicen que el Presidente murió”, “dicen que lo mataron”, “dicen que el Presidente se suicidó”.

“Jamás”, pensé. “Él nunca se mataría; lo asesinaron”, seguía pensando. Y esa es la teoría que se instala en mi familia semicomunista: “A Allende lo mataron porque no querían que se transformara en un líder en el exilio”, reflexiona el tío Pato, un actor de la Compañía Teknos (de la entonces Universidad Técnica del Estado), que llegó a compartir sus penas antes de que comenzara el toque de queda, tipo 4 de la tarde.

Las radios antigolpe se habían apagado y la tele sólo transmitía bandos militares; ahí fue la primera vez que tuve conciencia de Pinochet y sus anteojos negros.

La muerte de Allende seguía en estado de “fake news” de la época. Nadie creía mucho. Eran las tres de la tarde y afuera de la Villa Robert Kennedy se escuchaba a los niños jugar a pesar de los helicópteros, de que ya se hablaba de muertos en las calles, de enfrentamientos, de fusilamientos. Cosas feas. Yo espiaba la ventana y buscaba a Maximiliano, un chico ruso, de unos 12 años, que se instaló en la villa con su familia y su hermano Boris, un rubio de unos 16 años, que era la locura entre las adolescentes. Los “rusos” revolucionaron el barrio. Todos querían ser sus amigos.

A las 4 de la tarde los niños seguían jugando en la tierra. En el cielo pululaban helicópteros; una y otra vez como moscardones tras la presa. Busqué a Max desde la ventana, pero se supo que su familia se había ido quién sabe a dónde. Nunca más volvieron.

## **El desierto**

En esa época todo el mundo hablaba de política. Carlos Durán, el “líder político” de nuestro quinto año básico, siempre comentaba “esto no va a durar”. A sus 9 años ya era socialista y defendía a Allende a rabiar en los intensos “minidebates” que se producían en los recreos del colegio Anglo Chileno. En la sala de clases todos opinaban, la mayoría como lo hacían sus padres.

Eran tiempos complejos, intensos, polarizados. Aún recuerdo, en mayo del 73, haber visto enfrentamientos entre “lolos momios” y otros de izquierda, frente al Drugstore, en

Providencia, mientras andábamos comprando una tela a rayas para pantalones pata de elefante.

La polarización se extendió a las urnas. Meses antes del golpe con mi familia realizamos un viaje muy especial. Era fines de febrero y se iban a realizar las elecciones parlamentarias donde la derecha quería sacar mayoría en el Senado para derrocar a Allende a través del Congreso. Habíamos pasado todo el verano en Iquique, y gran parte en unas cabañas ubicadas en el sector sur, en Huayquiqui, donde funcionaba el centro de veraneo de los mineros de Chuquicamata (terreno en el que hoy existe un centro recreacional de lujo para el Ejército).

Como no había pasajes para regresar en bus, ni tampoco en avión (aunque deben haber sido muy caros) la tía abuela, maravillosa, pero momia como ella sola, se le ocurrió regresar en tren: tres noches y cuatro días atravesando el desierto. La “Pía” quería volver a como diera lugar para votar por Hermógenes Pérez de Arce (un abogado y periodista que después fue un acérrimo defensor de Pinochet).

Su fanatismo nos arrastró a esa locura. Pero no éramos los únicos que viajaban a votar. En los asientos del frente se instaló un hombre mayor y sus tres hijos, con ponchos y bigotes, al más puro estilo Quilapayún, que iban por la izquierda. Eso me puso feliz porque, a mis 10 años, ya tenía claras mis opciones políticas y pensaba que Allende necesitaba votos para poder hacer los cambios que el país necesitaba. No fue fácil gobernar con un Congreso en contra. Con todo en contra. Los diarios y las radios lo recordaban a cada rato.

Los vecinos “revolucionarios” debían tener entre 18 y 20 años. Eran universitarios. Conversaban de política con la tía Pía. Fueron amables con la señora “momia”. Se reían con ella, le echaban tallas; la Pía hacía como que se enojaba, pero no se enojaba. A mi daba vergüenza que fuera tan momia. Ellos convidaban fruta y nosotras les dábamos galletas.

Durante el viaje ululante no queda más que leer las revistas una y otra vez. Comemos, espiamos a los “Quilapayún”, que leían o miraban el paisaje lunar del desierto con desinterés, igual que nosotras. Los días, largos y aburridos, tenían a la política de fondo porque los chiquillos, socialistas, criticaban a un Allende que consideran tibio, mientras la Pía defendía a Pérez de Arce casi sin argumentos. Yo lo conocí cuando la tía nos mostró a su candidato en los setenteros carteles de campaña que inundaban las calles de Santiago centro.

El último día del viaje hubo transbordo en Caldera. Fue un caos: todos corriendo desesperados por encontrar un espacio y replicar el orden que traíamos desde la estación de Iquique. En Caldera nos esperaba mi padre, y aún no sé cómo lo encontramos en medio de esa muchedumbre, pero logramos lo que parecía imposible: asientos. Lo triste es que los vecinos revolucionarios quedaron unos cuantos metros más lejos.

Santiago nos recibió con ese calor de verano que marea. También el bullicio, las bocinas, el tránsito que escaseaba en Iquique y en todos los pueblitos que visitó nuestro tren al sur. En la estación Mapocho abandonamos la casa prestada por cuatro días, mientras divisé a los vecinos socialistas a lo lejos. Se fueron sin voltear. Apurados, pero felices. Con sus ponchos y sus barbas.

La travesía en el desierto terminó y yo sólo quería que Allende no tuviera problemas porque regalaba leche, frazadas a través de las JAP, educación gratis, galletas de cereal en las escuelas. También creo las llamadas “onces populares”, que se compraban en el subterráneo del edificio de la UNCTAD, hasta donde nos llevaba mi abuelo, de cuando en vez, a tomar batidos de vainilla mientras me perdía mirando el techo caleidoscópico del edificio.

El voto de la Pía y de todos los que criticaban a Allende rinde sus frutos porque ese domingo, 4 de marzo, ganó la derecha (a través de la Confederación de la Democracia, una alianza entre el Partido Nacional y el PDC). Sin embargo, no lograron los dos tercios en el Senado con los que buscaban destituir a Allende por la “Vía institucional”. También hubo más votos para legisladores de gobierno que cuando se ganó la presidencial, en septiembre del 70. Entonces la derrota se transformó en una especie de triunfo, en un pequeño respiro; un dejo de esperanza que duró poco porque, justamente, que la UP haya obtenido un 43% de los votos, precipitó los planes golpistas. Si no se podía en las urnas, sería a la fuerza... Todavía pienso en los jóvenes del tren alejándose felices hacia la salida que da a calle Matucana...¿Qué habrá sido de los vecinos revolucionarios? ¿qué habrá sido del ruso Maximiliano?

## LA HOGUERA EN EL PATIO

“El kiosko de la esquina cerró a las 11 horas y ese día perdí a mis dos pololas”, comenta Esteban Valenzuela. Periodista de la PUC, doctor en Historia de la Universidad de Valencia, escritor, exdiputado y exalcalde de Rancagua, tenía 9 años el 11 de septiembre. “A esa edad, los tres habíamos transitado desde jugar al luche, a las escondidas y ver la teleserie *Simplemente María*, frente al gran Westinghouse, a ser un triángulo amoroso en quiebre total. Y es que ese 11 de septiembre, a las 11 de la mañana, mis amigas pretendientes se enfrascaron en una pelea furiosa, pero no de amor, sino de política, pero también de amor”, recuerda Valenzuela quien años después ejercería como dirigente estudiantil de la PUC, en los 80, desde la llamada Convergencia Socialista, ayudando a la fundación de la Confederación Nacional de Federaciones de Estudiantes de Chile (Confech).

Rancagüino, católico e hijo de padre demócratacristiano que, si bien no simpatizaba con Allende, regresó a casa horrorizado de la violencia ultraderechista de la época “ejercida por los fornidos rubiecitos de la Universidad Católica durante una marcha de mineros por reajustes salariales debido a la inflación”.

Como rancagüino, Valenzuela vivió de cerca el proceso de nacionalización del cobre: “Mi papá fue feliz a ver a Allende y al cardenal Silva Henríquez cuando celebraron el 11 de julio de 1971 la proclamación de la nacionalización desde la Plaza de los Héroes de Rancagua”.

Vivía en Carrera Pinto con San Martín, el límite entre el damero fundacional del sector Estación, donde se ubicaba el mayor barrio rojo y las quintas de recreo que recorrieron el niño Oscar Castro, autor del libro *La Vida Simplemente* y los hermanos Luis y Arturo Gatica, cuando comenzaban sus carreras de boleristas y folkloristas. “Allí se unía el olor a metales de la mega maestranza de talleres de la nacionalizada gran minería del cobre. En ese lugar, mi padre oficiaba de pañolero a cargo de las herramientas en una oficina tóxica, pero llena de gatos entre el huaípe”, recuerda.

El escritor y político describe a sus “cuasi pololas” de la época: La Titi era una morena flaca, hija del dueño de una carnicería y la fábrica de somieres de calle San Martín “donde se hacían miguelitos para desestabilizar la economía y que cayera el Chicho”, mientras que Jacky era la castaña sobrina del suplementero Osvaldo Calquín, militante socialista, ex marino que ostentaba una pierna de plástico, y “que con sus ojos verdes profundos era un acérrimo defensor de la UP y coadministrador de un asentamiento frutícola en la comuna del Olivar, al sur del río Cachapoal”.

A sus nueve años, entre las 17 y las 17.30, justo cuando regresaba del colegio marista, “el Teo” se hacía cargo del kiosko para que Osvaldo tomara onces en la casa que compartían, frente a la suya, con don Manuel- maestro ceramista-, doña María y su sobrina, Jacky.

Como en esos tiempos la solidaridad estaba a la vuelta de la esquina. Por lo tanto, no era raro compartir teléfono y televisores ya que eran escasos; había que esperar años para que dieran una línea telefónica o reunir mucho dinero para comprar un televisor. “En el invierno don Manuel y la Sra. María venían en la noche al living de nuestra vieja casa de adobe donde vivíamos 16 personas: los seis hermanos, mis padres, mi abuela Isolina, mi tía Cora, sus hijos Ángel y Kuky con su familia, y mi primo Manolín que era hippie. Una noche la Jacky me tocó las manos bajo el manto de huaso antiguo, negro y espeso, que acompañaba a don Manuel”.

La Titi, menos sutil, se adelantó unos meses y durante el verano lo encerró en un gran ropero y, en medio de abrigos y vestidos con olor a naftalina, le dio su primer beso.

Pero el juego infantil de pronto cambió. El kiosko estuvo semicerrado los últimos dos meses previos al golpe, cuando la lucha callejera entre” momios y upelientos”, como les llamaban entonces, se había intensificado: “A dos cuadras le rompieron a Scapini la tienda porque era upeliento. Hubo un tiroteo con heridos en la sede del PS y jóvenes revolucionarios trataron de quemar El Rancagüino. Las peleas desbordaban la calle Independencia y se expandían por San Martín donde grupos de obreros de la construcción y campesinos se enfrentaban a pijes y profesionales de la minera que eran el soporte de la oposición a Allende.”

Valenzuela recuerda los esfuerzos de Osvaldo para convencer a todos que su kiosko era pluralista: “Ilegaba don Julio y le reclamaba por los titulares ofensivos a la derecha de El Clarín y el Puro Chile; luego Lamberto, dirigente comunista, le recriminaba por vender La Tribuna y El Mercurio. El tono crecía y cuando se topaban momios y upelientos, yo me arrancaba a un rincón del kiosko con mi Mampato, la revista Cabrochico que Osvaldo me aconsejaba leer para entender la lucha de clases, y la revista Ritmo, donde miraba extasiado a mis estrellas preferidas de Música Libre”.

Pero, relata Teo, todo se acabó el día 11: “A las 8.15, tras caminar las cinco cuadras que separaban mi casa del Instituto O’Higgins de los Maristas -como lo hice desde que cumplí ocho y abandoné la Escuela 1 de nuestro barrio- escuché a unos muchachos de media que, corriendo hacia el centro, gritaban ‘los milicos están derrocando a Allende’. Volví a casa asustado y mis padres miraban el canal 13 sin celebrar nada”.

Entonces, su papá fue al fondo de la casa y sacó hasta el centro del patio varios de los libros de marxismo que se guardaban de su abuelo Manuel, jefe del PC y dirigente del Sindicato Sewell y Minas. “Manolín y Kuky lo recriminaron. También revisó Hechos Mundiales y las novelas más políticas de la colección Quimantú. Comenzó la hoguera”, cuenta.

Esteban salió a la calle y no circulaba nada, pero Osvaldo estaba sacando cajas de revistas para guardarlas: “Temía que le quemaran el kiosko. El viernes 7 lo habían pintado con la huella de Patria y Libertad con la leyenda ‘Te quemaremos rojo’. Corrí hacia él, frente a la vidriería Imperial, lo abracé y me regaló varios ejemplares de Mampatos. Con la Jacky le ayudamos a guardar revistas en el entretecho, al fondo de la casa. Lo acompañamos a la calle, donde lo insultó la energúmena dueña de un almacén en la esquina con Lastarria, por socialista y upeliento. Osvaldo sudaba a pesar de la mañana fría y nublaba. Nos dijo que se iba al asentamiento del Olivar a ver a los compañeros”.

Recuerda que ya era mediodía, pero todo parecía acabado: “Con la Jacky nos sentamos en el borde de la vitrina cerrada de la Imperial. Fue ahí cuando apareció la Titi con una amplia sonrisa porque se acababa la UP y ya no le quitarían los negocios a su papá. La Jacky se le fue encima a rasguñarla y le dio un empujón, per la Tití le dio unos golpes con las piernas;

por eso las tuve que separar. En ese momento, aparecieron mustios Don Manuel, el papá de la Jacky, pequeño y pelado; el papá de la Titi, alto y bigotudo, y mi papá, mediano y castaño. Se saludaron moviendo la cabeza, sin hablar, mudos. Al regresar a casa estaban todos mirando las llamas de La Moneda y los tiroteos donde un tanque le apuntaba a un joven de pelo largo que defendía en vano al Presidente Allende. La fogata en el patio era alta y el humo se disipaba en el parrón desnudo que mi padre podaba a fines de junio”.

El kiosko, cuenta Valenzuela, estuvo cerrado varias semanas: “Lloré porque Osvaldo no regresaba, mientras la Jacky ya no quería jugar al luche y a las escondidas con la Titi. La verdad, nunca más jugamos”.



## MUÑECAS TORTURADAS

Ximena Ceardi, periodista de la Universidad de Chile, docente y escritora, tenía ocho años para el golpe de Estado. Proveniente de una familia bastante acomodada, sus padres eran demócratacristianos, pero en su familia extendida había de todo: alessandristas, radicales y comunistas. Esta fauna política diversa, común en aquellos años, en que la sobremesa de los almuerzos dominicales muchas veces se transformaba en una guerra campal, fortaleció una mirada aguda y pluralista. Aquí cuenta cómo vivió el postgolpe, en medio de reuniones clandestinas que se hacían en la cocina de su abuela, y de la feroz represión de ese momento.

“Estaba acostumbrada a dormir en el suelo. Es más, creo que me gustaba. En un saco verde con floritas naranjas en la casa de mi tío Rubén, pero aquí donde mi abuela derechamente en la alfombra o sobre las baldosas. Las de la cocina eran especialmente frías, pequeñas y de un color burdeo muy similar, yo diría casi igual, al de esa chuica de vino tinto que nunca faltó en las noches de conversación en la cocina de la Conga (la abuela)”, recuerda.

“Primero los tíos me instalaban junto a ellos, en una silla con cubierta de melanina verde, la misma de la mesa; pero al poco rato, cuando ya eran siete u ocho los que se peleaban por hablar... por hacer un ‘análisis de la situación’ como decían ..., me bajaba el sueño y prefería tirarme debajo de la mesa”, prosigue.

Ximena reconoce que escuchaba las conversaciones, media dormida. A veces se enojaban; otras veces solo hablaban y planificaban la resistencia: “A uno o dos les daba por llorar. Al que le decían el ‘Ojudo’, era de los que más lloraba. Su hermano estaba preso. Como él, y como todos los que se sentaban a la mesa verde, era del Partido Comunista. Yo no sabía mucho de comunismo en esa época, salvo que era bueno, que iba a hacer al hombre mejor”.

Aún con emoción, recuerda una estatuita de Lenin en la biblioteca: “Me imaginaba que el hombre nuevo habría sido así, con perilla en punta, boina de cuero, la gabardina al viento y mucha actitud. Pero me decía mi tío Rubén que ahora, después que había muerto el Presidente Allende y bombardearon La Moneda, era mejor no contarle a nadie de esas cosas, ni de comunismo, ni de perillas; menos de boinas”.

“Tenía ocho años y aunque me hacía la tonta, no era tonta”, advierte mientras confiesa un juego horroroso de esos tiempos: “La Manzanilla, la Juanita, Ho Chi Min y Mao Tse Tung lo sabían. Mis muñecos jugaban conmigo a los torturados”.

Ximena tenía una tía y dos primos presos: “La Llulli, otra tía, pero esta bisabuela y seguramente algo enferma de la cabeza, me decía que, a Oscarito, el menor de los primos, lo habían logrado sacar de Chile rumbo a Francia con el cuerpo todo quemado por marcas de cigarros. Yo a esa edad no fumaba, pero le sacaba los cigarros a mi tío Checo, que fumaba y tomaba como condenado, y sin prenderlos, porque era peligroso, hacía como que los apagaba contra el cuerpo de la Manzanilla. La Manzanilla era de goma, blanda y con pelo entre rubio y verde y se prestaba tranquila para las sesiones, hasta que Ho Chi Min, un muñeco de yeso, pintado como si fuera de marfil, la salvaba de este juego perverso”.

Ceardi reconoce que el “TOC”, por saber y leer sobre torturados, le duró hasta bien entrados los treinta años, pero que, a los ocho, sólo jugaba y escuchaba: “Por eso me gustaba quedarme dormida bajo la mesa de la cocina de mi abuela. Ahí, mientras se discutía sobre ‘las acciones a seguir’, así decían ellos, los ocho que se sentaban a la mesa, yo cerraba los ojos y escuchaba y lloraba. Me acordaba de mi abuelo que había muerto en febrero de ese mismo 74. El también lloró cuando por la radio supimos del bombardeo a La Moneda, mientras los vidrios de la casa de Cristóbal Colón y la casa entera, temblaban cuando se dejaban caer las bombas sobre Tomás Moro. Mi hermana menor, tenía tres años y preguntaba a cada rato si a nosotros nos iban a matar también. Mi mamá le decía que no, que a nosotros no”.

Las reuniones donde sus tíos conspiraban eran regadas de vino tinto: “Yo dormía y despertaba, dormía y despertaba...; mientras el olor de la cocina se iba haciendo cada vez más ácido y penetrante y las conversaciones que habían partido entusiastas y acaloradas -por eso de debatir ‘los planeas a seguir’- iban derivando en pura pena. Cuando la segunda chuica se acababa, los ocho callaban ... Sólo de vez en cuando, un homenaje por los amigos presos, por los que habían partido al exilio, como el tranquilo del Jano Tapia; y por unos muertos que ni ellos ni yo conocíamos”.

Entre las “acciones a seguir”, agrega, hablaban de sabotear la línea del tren, a la altura de la estación El Sol, de Quilpué; rayar el cuartel de Bomberos donde, se suponía había delatores, o ir a alborotar a las poblaciones de Villa Alemana.

“Y yo que me las creía todas y me imaginaba participando de estas acciones, muriendo por el comunismo para ser enterrada junto a un clavel rojo y mis muñecas. Ahí lloraba de nuevo, con la segunda chuica vacía; lloraba junto a los ocho, por mi próxima muerte, la muerte del Chicho, la de un tal flaco Linares y la de las esperanzas de mis tíos alcohólicos y tristes desde septiembre del 73”, concluye.

## LOS VALIENTES SOLDADOS

Marcelo Novoa, profesor de lenguaje de la PUCV, escritor, editor, tenía 9 años para el golpe. Sus recuerdos, como buen narrador, se sitúan en el día en que los estudiantes volvieron a clases después de las forzadas vacaciones postgolpe. Había que dar señales de normalidad. Una de esas “señales” fue incluir un nuevo párrafo en la canción nacional. Un párrafo que nadie se sabía ni había escuchado nunca.

El 11 de septiembre Marcelo y su hermano Óscar, cada uno bien aferrado a las manos de mamá, se encaminaron hasta el colegio como era su costumbre: “Bajamos la subida Los Lirios, que lleva directo al Estadio Sausalito y antes de doblar, un militar armado, un juguete rabiosamente vivo (cara tiznada, casco, botas y enorme metralleta) nos frena: ‘Hoy no hay clases’. Nos devolvemos asustados a la casita y prendemos la radio, nuestra oreja atenta a un mundo herido por ráfagas, carraspeos, voces lejanas y confusas que anuncian algo feroz, que se corta abruptamente. Y esa mañana-tarde ya, no tuvimos más tranquilidad, y aunque mis padres se declaraban apolíticos, sentimos miedo a lo desconocido de aquellos rostros ahora reconocibles como ‘nuestros valientes soldados’”.

Prosigue: “Tenía nueve años y cursaba Cuarto Básico, en la Escuela Superior de Niños N° 75 URSS (que luego se llamará Escuela Eduardo Vilches Alzamora N° 319, con su lema: el amor a la Patria, a Dios y la Familia), pero, aunque niño, tenía claro que algo se había roto para siempre, irreparable como negar un beso a mamá bañada en llanto, o no confesar una maldad y que por ello castiguen al hermano”.

Cuando un mes después volvieron al colegio permanecieron tiesos e incómodos en el patio enorme, obligados a entonar un himno nacional con estrofas de más: “En el regreso a clases, en la recién estrenada dictadura, había una anormalidad que, a todas luces y sombras para un niño, que no para de observar al mundo por su periscopio de ensueño y pesadilla, apesta, pues se siente como si todos compartiéramos una mentira que nos volviese peores”.

Fue en ese momento, cuando entonaban el himno nacional, en que el hoy escritor levantó la vista y observó que en la pared, donde siempre había estado el nombre del colegio en

lustrosas letras de bronce, faltaban la U y la R y la S y la última, pero que “al ser arrancadas, dejó al descubierto un muro más paliducho, una piel enfermiza que no ha sentido el sol hace mucho, igualito que la notoria ausencia de patillas, barbas, cabellos largos o bigotes lacios (a lo Palestro) que antes lucían orgullosos nuestros profesores, no como ahora que casi ni nos miraban con sus rostros demacrados. Desde entonces, el ¡Viva Chile!, con que finalizaba cada lunes el acto de la bandera, nunca fue lo mismo para lo que restaba de mi infancia”.

## **¡RESISTENCIA PICHANGUERA!**

“‘¡Nos vemos en marzo!’”, grité haciéndome el gracioso, cuando todos los alumnos de la Escuela Industrial Chileno Alemán de Ñuñoa (Eischañ) nos retirábamos ordenadamente del establecimiento esa mañana del 11 de septiembre de 1973. Una nerviosa carcajada general respondió a mi desatinada salida. Era poco antes de las nueve de la mañana y el tan anunciado golpe militar, para derrocar el gobierno de Salvador Allende, había comenzado”.

Así recuerda aquel día el periodista Eduardo Rossel, quien trabajara en La Tercera y La Nación Domingo, y también escritor (“Putá, qué pena, compañero”): “Dos o tres de los mayores de mi curso anunciaron que irían a La Moneda a defender ‘al compañero Allende’. Un número similar también dijo que iban al centro a apoyar a los militares. La mayoría optó por partir a sus hogares. Pronto no hubo quórum para la pichanga, así que me fui caminado a la casa del abuelo (Manuel Montt con Irarrázaval) -una villa construida en 1930 para suboficiales del Ejército, pero ya casi no quedaban uniformados- donde vivía junto a mis padres y los tres hermanos”.

Rossel cuenta que su hermano mayor, Juaco de 14 años, estudiaba en el politizado Liceo 7 de hombres: “Era periferia (según él, militaba) en el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) y tenía una fuerte convicción de izquierda. Yo también simpatizaba con la Unidad Popular, pero estaba lejos de cualquier orgánica”.

Confiesa que la política no era tema en la casa, pero tampoco eran indiferentes al acontecer nacional: “El ‘Reporte Esso’, en las mañanas y los noticieros de las 20.30 en uno de los tres canales de televisión, eran sagrados. Mi madre tenía una enorme sensibilidad social que canalizaba con las misas dominicales a las que -cuando más chicos- nos llevaban obligados”.

“Mi padre se decía ateo y su acto político más antiguo que recuerdo fue cuando los gendarmes argentinos mataron al teniente Hernán Merino Correa (1965) y él llegó a la casa contando que había ido a la embajada argentina a manifestar su repudio. ‘¡Le tiramos monedas!’”, nos dijo con fervor patriótico. (Nunca supe si su performance fue cierta o no... Era muy bueno pa’ inventar historias y después olvidaba confesarlo)”, sostiene.

El otro acto político de su padre, recuerda, fue el 5 de septiembre de 1970, “cuando desde la cortina metálica de almacén de barrio, que había abierto en el ex garaje de los abuelos, colgó una larga cola de papel confort. Su candidato, Radomiro Tomic, llegó tercero. ‘Todavía viene corriendo’, le decía a las caseritas o caseros que se burlaban de él, pero se manifestaba contento que ‘hubiese ganado Allende y no Alessandri’. Aunque eso sólo lo ratificó el Congreso Nacional dos meses después (4 de noviembre)”.

Durante las mañanas el pequeño almacén era muy concurrido prosigue Rossel: “Había plata y los vecinos ingresaban con fluidez y entusiasmo. La familia más pobre del barrio, que antes adquirían de a cuartos y ‘al fiao’, ahora compraban al contado y de a kilo o de litro como todos los demás... y como lo permitía la Junta de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), a la que mi padre suscribió por simpatía y necesidad”.

“Ese era uno de nuestros principales argumentos, tangibles y concretos, para defender a la UP en las múltiples discusiones que surgían por doquier en un país absolutamente politizado. También era evidencia a favor la enorme oferta cultural disponible. El cine, el estadio (Nacional, a sólo 10 cuadras) y los kioscos cercanos (que vendían Cabrochico, minilibros Quimantú, Ramona) eran fuentes inagotables de experiencias maravillosas y, sobre todo, accesibles que, para una mayoría, eran prohibidas sólo unos años antes”, declama con entusiasmo.

Poco tiempo después sus padres se bautizaron como Testigos de Jehová y cómo quienes aspiran al Gobierno de Dios en el cielo, deben ser ajenos al gobierno de los hombres en la Tierra, asumieron cierta neutralidad. Por eso, afirma, al llegar a la casa, esa mañana del 11 de septiembre, “nos encontramos con mi madre planchando el emblema patrio para ponerlo en el frontis, tal como habían ordenado las inminentes futuras autoridades con el beneplácito de Yahvé. Indignados nos opusimos a tal entregue de oreja con toda la fuerza que dos pendejos de 12 y 14 años pueden tener... Pronto la bandera flameaba al frente de la casa”.

Afuera, prosigue su relato, algunas vecinas se abrazaban con fervor y daban gracias a Dios: “¡Feliz año nuevo!”, “¡Feliz aniversario!”, nos burlábamos nosotros junto a los pichangueros del pavimento que habían retornado desde sus liceos, universidades y trabajo”.

Más tarde escuchó a alguien decir “¡Está hablando Allende!”. Entró a su casa y alcanzó a escuchar la parte final de su discurso: "Mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre a construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile!, ¡viva el pueblo!, ¡vivan los trabajadores!".

Lo curioso, señala quien fuera un furibundo opositor a la dictadura durante sus años universitarios -lo que le costó dos expulsiones- “es que para mí fue sólo una noticia dramática más... No contaba con las herramientas necesarias para dimensionar la importancia histórica de ese momento, no más allá de un “¡Chucha van a matar a Allende estos milicos culiaos!”.

### **Hogueras**

Al regresar a la calle, constató cómo seguían las discusiones entre vecinos. Otros ya habían comenzado a botar libros, documentos, discos, revistas, poleras, banderas y pronto se armaron rumas en el frontis de algunas casas. “Alguien gritó van a bombardear La Moneda y en tropel entramos a la casa de Los Garay y nos trepamos al techo. Desde allí contemplamos el surcar por el cielo de los hawker hunter rumbo al centro de Santiago, luego desaparecían del ángulo visual y a lo lejos, surgían columnas de humo. Segundos después un sonido sordo como de trueno persiguiendo al relámpago”, sostiene.

Tras almorzar volvieron con su hermano a la calle a ver qué pasaba: “retornamos a la calle ya enterados de la muerte de Allende y del pronto inicio del toque de queda. ‘¡Momios culiaos!, ¡Milicos conchesumadre!’, repetidos como mantra y entre dientes, una y otra vez, una y otra vez, fue el único acto de resistencia que nos atrevimos a llevar a cabo para canalizar la rabia y la impotencia. A la distancia se sentía algunos traqueteos de metralla. De pronto la ráfaga fue cercana. ‘¡Atacan el Hospital de Carabineros!’, inventó alguien. El recinto sanitario estaba a pocas cuadras y todos desaparecimos por la primera puerta abierta que pillamos. Al rato volvimos a salir para constatar que habían desaparecido los autos. Sólo pasaban vehículos de emergencia o de milicos. La avenida Irrazaval también estaba vacía. Su pavimento de pronto se transformó, a nuestros ojos, en una amplia e impecable cancha empastada”.

Ese fue el segundo acto de resistencia, jugar una pichanga en pleno Irrazaval en medio del Golpe Militar y en pleno toque de queda. Aunque divisaron dispositivos militares



siguieron jugando: “De pronto hubo una explosión fuerte y se inició el tiroteo. Sin respetar la legendaria regla del último gol gana, rompimos la mítica tradición y corrimos a escondernos cada uno a su casa.” ¡Pichanguero que arranca...!’, gritó uno. ‘¡Milicos culiaos!’, añadió otro”, ironiza.

## **La Cantata**

El día llegaba a su fin y el toque empezaba su larga estadía en la vida de las y los chilenos. Así y todo, Rossel, su hermano y sus amigos siguieron en la calle: “Afuera varias rumas habían comenzado a arder, otras ya estaban humeantes. Con un palo intentamos rescatar tesoros invaluable. La joya del botín fue un long play de la Cantata de Santa María y, con volumen muy bajito y todas las puertas cerradas, nos enteramos de que la historia que escuchábamos volvía a repetirse y que Chile es un país muy largo y mil cosas pueden pasar”.

La Cantata Santa María de Iquique es una de las obras musicales emblemáticas de la Nueva Canción Chilena, compuesta por Luis Advis, iquiqueño y que aborda la matanza ocurrida en la Escuela Santa María de Iquique, en 1907, donde se estima murieron cerca de tres mil personas aunque la cifra oficial es de 126.

El estreno se realizó en agosto de 1970, en el marco del 2° Festival de la Nueva Canción Chilena, en el entonces llamado Estadio Chile, actual Estadio Víctor Jara. La interpretación estuvo a cargo del grupo Quilapayún y la narración, en la voz del actor Marcelo Romo. Un mes antes la habían grabado para el sello Dicap con la voz de Héctor Duvauchelle, versión que sería la más conocida. Posteriormente fue interpretada, en varias oportunidades, por el también actor Roberto Parada.

## PICNIC EN EL BAÑO

Claudia Carreño, periodista de la Universidad de Chile, experta en temas patrimoniales y con dos Fondart a cuestas, recuerda ese 11 de septiembre en que pasó gran parte de la noche encerrada en el baño con su familia. Tenía seis años.

Su niñez fue plácida e inocente. La política no entraba en su casa, en Quilpué: “Durante los últimos veranos, las vacas se paseaban por mi calle, quien sabe si sorprendidas al igual que yo, al ver cómo la ciudad avanzaba silenciosa e inevitable, sobre los paisajes rurales del Quilpué de los 70, cortando aromos, eucaliptus y malezas y dando pie a nuevas calles y villas”.

Fue una infancia llena de pequeñas aventuras: “El tren piteaba su claxon a la misma hora, para saludar a nuestra cuidadora, quien salía coqueta a elevar la mano al maquinista de esa ruta”.

Y agrega: “Jugábamos por los techos, elaborando insectarios y recolectando las moras del estero. Pero ese día 11 de septiembre fue extraño para nosotros, éramos niños pequeños en una familia en la que se hablaba poco de contingencia; en los almuerzos familiares se abordaban temas tan diversos como recetas de cocina, autores clásicos, los programas de la radio Minería, el Festival de Viña o la última canción de Manolo Otero o Mocedades. De política o contingencia, tengo memoria, se hablaba poco y nada”.

“Mi madre trabajaba de sol a sol en Valparaíso y cada mañana, tomaba el primer tren para poder llegar a la hora exacta a la Universidad de Playa Ancha, donde la esperaba una biblioteca atiborrada de libros un poco desordenados, medio destruidos algunos”, comenta.

Pero el 11 de septiembre fue especial: “Curiosamente, esa mañana el tren no llegó a la estación El Sol, y mi madre con una ingenuidad muy propia de ella, esperó un buen rato, hasta que quienes pasaban por allí, le intentaron explicar lo que estaba por pasar. Se devolvió rauda a casa, con miedo a lo desconocido, con incertidumbre, aunque también con frustración de no estar en su trabajo. Ella nunca fallaba”.

“La radio sonó todo el día con emisiones preocupantes que poco entendíamos los más chicos. Resolvimos ignorarla y dedicarnos a nuestros juegos de siempre, para eso estaban los adultos, para atender y entender lo que decían en la radio”, prosigue.

De pronto el barrio, sostiene, se invadió de un silencio espeso, oscuro, desconocido: “Esa tarde no vimos pájaros, ni bicicletas, ni menos las vacas de siempre. Fue un día extraño, pantanoso, lento, susurrante, premonitorio de sentimientos aciagos”.

Para manejar el miedo, recuerda, las mujeres de la familia se dedicaron con más concentración a cocinar para que no se notara el nerviosismo. “El hombre de la casa, mi abuelo, buscó con sigilo, su arma de servicio en el escondite en que la tenía, evitando el alcance de los curiosos. Era una pistola antigua, de los años en que trabajó en Investigaciones, décadas atrás, cuando se entraba por oficio y no por academia. Tras ello, mi abuelo dedicaba su vejez tranquila y jubilada, a atender clientes en una pequeña barbería de Valparaíso, de esas con navajas de verdad, paños calientes, sillones giratorios y señalética de color rojo en la entrada. Tal vez su pistola la guardaba en el maletín de las navajas de la barbería. Quién sabe”.

“Cuando oscureció esa noche, mi abuelo con ojo de águila, percibió sombras en los alrededores de nuestra casa. Con los años entendimos, eran infantes de marina camuflados con sus fusiles. La orden entonces fue una sola: ‘todos al suelo!’, dijo mi abuelo, y familia completa reptó hasta el baño, el único lugar que no tenía ventanas, para evitar los peligros de alguna bala loca y la sibilancia de los disparos que se escuchaban a lo lejos”, recuerda.

Claudia cuenta que permanecieron en el baño varias horas, pero “nuestra curiosidad infantil cada cierto rato volvía a preguntar ¿qué hacemos aquí?, y solo miradas preocupadas respondían a nuestra insistencia”.

Sin embargo, la abuela -que había cocinado todo el día- no estaba dispuesta a perder la cena: “como pudo y apenas pudo, se zafó de las órdenes de mi abuelo y nos trajo la comida caliente y humeante a ese “pic nic” en el baño, como querían mostrarlo, para que no nos angustiáramos”.

Finalmente, el abuelo dio la autorización para regresar a las piezas: “Entrada la noche, nos llevaron a nuestras camas y nos dormimos soñando, en nuestra ingenuidad, con los juegos de mañana. Fue aquella, la primera vez que esa burbuja frágil de la infancia, se rompía con el ruido de las balaceras en la noche, con las noticias angustiantes de la radio y con los rostros desencajados de mi madre y de mi abuela”.

## LA TÍA MARTA

Marcelo Simonetti, periodista de la Universidad Católica y reconocido escritor luego de su paso por el periodismo deportivo, recuerda la noche del 11 de septiembre en la casa familiar del cerro San Juan de Dios, de Valparaíso: Durmieron en una sola pieza con los colchones en el suelo y otros protegiendo las ventanas de las balas.

Su historia, que parte de la inocencia infantil, los juegos, y la nueva casa en la Avenida Alemania llena de vegetación, que lo invitaba a una observación “darwiniana”, pasa a la tragedia familiar: la tía Marta, una prima de su madre, desaparece y años después fue encontrada en la playa La Ballena, tras ser lanzada al mar y a pesar del riel al que se encontraba amarrada.

Se trataba de Marta Ugarte, profesora, modista e integrante del Comité Central del Partido Comunista, quien fue detenida por agentes de la DINA, para luego ser interrogada y torturada en Villa Grimaldi. El hallazgo, que El Mercurio intentó ocultar calificando el caso como un crimen pasional, reveló una práctica de la dictadura: el lanzamiento al mar de los cuerpos de detenidos desaparecidos amarrados a rieles de tren con el objetivo de asegurarse de que jamás fueran encontrados.

El de su tía Marta es el único cuerpo de un ejecutado político que ha emergido del mar. Sin embargo, varios rieles han sido hallados en distintos sectores costeros, información que han proporcionado ex agentes de la DINA como también por testimonios de sobrevivientes.

El Monumento Rieles, inaugurado el 2007, exhibe y conserva restos de los rieles de ferrocarril extraídos desde las profundidades de la Bahía de Quintero, y el director Patricio Guzmán obtuvo el Oso de Plata al mejor guión, en el Festival de Berlín Documental, con «El botón de nácar». Filmada en la Patagonia y en locaciones como el ex cuartel de la DINA, de Villa Grimaldi, la obra aborda el exterminio de los pueblos originarios del extremo sur y la muerte y desaparición de opositores a la dictadura.

## Un día especial

“El día del Golpe me sorprendió sumido en mi mundo de niño más que en las preocupaciones políticas. Desde temprano supimos que sería un día especial: no hubo colegio. Creo que nadie se dio el tiempo de explicarnos con detalle por qué se habían suspendido las clases. Ni siquiera cuando mi papá regresó de su trabajo cerca del mediodía tuvimos una explicación clara de qué era lo que estaba ocurriendo”, recuerda Simonetti.

De aquellos días, previos y posteriores al golpe, agrega, “tengo recuerdos difusos, vagos. Entonces era un niño que estaba cerca de cumplir los siete años. Nos habíamos cambiado hacía poco a una nueva casa, ahí, en la avenida Alemania, en Valparaíso. Era una casa con tres patios escalonados que, cuando llegamos, estaban cubiertos por una vegetación exuberante en la que habitaban unos lagartos del tamaño de un guarén”.

“Eran días en los que los fenómenos de la naturaleza -especialmente lagartos, hormigas, chanchitos de tierra, cuncunas y un largo etcétera- acaparaban mi atención por encima del acontecer político. De tanto en tanto, la realidad del país se colaba hasta mi mundo a partir de algunos comentarios que los mayores dejaban caer de la mesa del domingo”, sostiene.

Simonetti aclara que su familia estaba dividida políticamente, como muchas en la época y como hoy, lo que no impedía que hubiera buenas relaciones entre la rama materna, que simpatizaba con la izquierda y el proyecto de la Unidad Popular -varios de sus tíos militaban en el PC-, y la de la rama paterna, que era, por encima de todo, alessandrista: “De esas dos aguas bebí, lo que explica que en mi cabeza de niño convivieran sin miramientos canciones como Venceremos o El pueblo unido y consignas antiallengistas, que conminaban al Chicho a darse una vuelta en el aire”.

Marcelo retiene en la memoria la primera vez que vivió en carne propia el efecto de las bombas lacrimógenas: “Debió ser los últimos días de agosto o los primeros de septiembre de 1973. Caminaba de la mano de mi mamá por calle Prat -probablemente habíamos pasado a ver a mi papá, que trabajaba en un banco-, cuando escuchamos unas sirenas y vimos gente correr. Con mi mamá hicimos lo propio mientras el picor de los gases nos hacía llorar. Yo no entendía por qué nos estaba pasando eso. ¿Cómo era posible que hubiese un gas que te hiciera llorar sin que tuvieras pena?”.

Para Simonetti los miguelitos fueron otro misterio que comenzó a descubrir: “Cualquier vehículo que pasara por arriba de ellos arriesgaba quedar tirado por el pinchazo de un neumático. ¿Cómo era que aparecían de la nada, casi por acto de magia? No olvido la emoción que nos provocó -a mi hermano y a mí- el hallazgo de un miguelito en las inmediaciones del barrio. Lo recogimos del suelo con el mismo asombro con el que un arqueólogo recoge de la tierra un fósil milenario, y lo guardamos durante semanas, meses, hasta que un día desapareció y no supimos más”.

Ese 11 de septiembre puso fin a esa forma de ver el mundo: “Cuando ya caía la tarde y los balazos comenzaron a ser una suerte de trágica sinfonía, mis padres decidieron que era preferible que durmiéramos todos juntos en una misma pieza. Desarmamos las camas y tiramos un par de colchones al suelo, a la vez que dispusimos otros en las ventanas, no fuera a ser cosa que una bala entrara a la habitación quién sabe con qué resultados. Fue una noche larga, distinta. Intuíamos que algo terrible estaba pasando porque del otro lado de la ventana se sucedían las balas, los gritos y algunas consignas”.

“El día del golpe no hubo clases y al día siguiente tampoco. Por la radio escuchábamos las noticias sin entender demasiado bien qué estaba pasando. ¿El presidente Allende había sido asesinado o se había suicidado?, ¿quiénes eran esos soldados que ahora estaban en el poder?, ¿eran buenos o malos? Me acuerdo de haber visto a gente arrancando por las quebradas, mientras otros los perseguían. Nos prohibieron salir a la calle porque podía llegarnos un balazo y eso fue suficiente motivo para no insistir”, relata.

Simonetti no entendía por qué se hablaba de guerra: “No sé si fue a mi papá o a mi mamá o si lo escuché en la radio, pero en un momento alguien dijo que estábamos en una guerra. Y nosotros, ¿de qué lado estábamos?, ¿contra quién peleábamos si todos éramos chilenos?, ¿por qué hablaban de que había gente que tenía el poto colorado?, ¿eso era una enfermedad contagiosa? Eran demasiadas preguntas sin respuestas para un chico de siete años”.

Reconoce que, con el tiempo, las dudas comenzaron a aclararse cuando alguien le contó que, a uno de sus tíos, el tío Floro, hermano de mi mamá, lo habían tomado preso y lo habían torturado: “Nadie nos dijo tampoco que a una prima de mi madre, la tía Marta, la habían quebrado entera y la habían estrangulado con un alambre para lanzarla al mar desde un

helicóptero -aunque esto último recién se vino a saber mucho tiempo después-. Nadie nos habló de lo que esos soldados estaban diseminando por todo Chile sin que nadie pudiera decirles nada. Supongo que como ocurre en la película de Roberto Benigni, *La vida es bella*, nuestros padres querían salvarnos de ese horror”.

Sin embargo, esa forma de salvarlos del horror se hizo insostenible: “La verdad siempre termina por aparecer. Aunque tarde, aunque demore, aunque parezca imposible, siempre aparece; tal como ocurrió con el cuerpo de la prima de mi madre, que a pesar de ser lanzada al mar muy lejos de tierra firme, y a pesar del riel que ataron a su columna, con disciplina y barbarie, salió a la superficie para encallar mansamente en las arenas de la playa La Ballena”.



## “ALESSANDRI VOLERÁ”

Para la viñamarina y conservadora familia de Philippe Dardel, el 11 de septiembre fue el “Día de la Liberación Nacional”. Tanto así, que su madre estampó la frase en un hoy viejo álbum de fotos. Aunque Dardel representa al sector que se alegró o se alivió con la caída de Allende, aún recuerda que aquella frase siempre le pareció exagerada, incluso obscena, como “de esas cuestiones que dan vergüenza ajena”.

Si bien en su casa la política no era un tema, al punto que, como señala, “no sé qué día cayó el 11 de septiembre”, sí recuerda que, como todos los niños de esa época, “ese día no fuimos al colegio”. Pero sus recuerdos no terminan de cuadrar: “Papá salió al trabajo a las 8.30 clavadas, en su camioneta gris sport wagon, probablemente acompañado del Víctor y Toledo, que trabajaban con él, bien apretados en el asiento delantero, porque en esa época no habían inventado la doble cabina. Más tarde, cuando me levanté, vi al viejo -que era jardinero- picando tierra en nuestro jardín. No recuerdo haberle preguntado, probablemente me lo contaron después: unos milicos lo pararon en la Plaza Miraflores y le dijeron que se fuera pa’ la casa”.

Pero la imagen comienza a tomar más cuerpo porque, cuando su padre llevaba un buen pedazo de tierra picada y nivelada, vio cómo le empezaron a llover piedras: “Ninguna le achuntó. Un lote de gente se había apostado en el camino a Quilpué, la calle que marca el límite entre Miraflores Bajo y Miraflores Alto, entre la gente y los ‘rotos’, como los llamaba mi madre. Papá les gritó que se dejaran de molestar, que acaso no veían que estaba trabajando. Y hasta ahí no más duraron las piedras, aunque parece que a un vecino de más allá -eran pocas las casas en nuestra calle- le reventaron todos los vidrios porque el tipo, asustado, pegó unos tiros. Creo que en la tarde mi papá nos llevó a mi mamá, a mi hermana y a mí a la casa de la abuela, en Traslaviña con Villanelo Alto, un sector antiguo, céntrico, tradicional, consolidado. O sea, sin poblaciones cerca. Y más no recuerdo del 11 de septiembre”.

Qué condenada es la memoria, reconoce Philip, que en ese tiempo tenía 9 años, y fundó el Club Vampiro-Pirata, en una vieja mesa de comedor arrumbada fuera de la cocina. “Era

notable ese asunto, a propósito: a la mesa le pusimos un palo largo a modo de mástil, con una vela cuadra que era una sábana que los Maira -mis vecinos- se habían robado de su casa. Hasta teníamos unos carnets que yo había dibujado. Nos juntábamos los cuatro en el extremo más alto de nuestro terreno, bajo unos alamitos esqueléticos, a comer a dedo unos sobres de jugos Royal, unas jaleas y -lo que más me gustaba, por lo raro-, unos budines o flanes en polvo, que eran como talco con gusto a plátano, y que teñían los dedos de amarillo”.

Philippe -alto, rubio, con pinta de vikingo- era un bicho raro en la carrera de periodismo de la Universidad de Chile porque se vestía medio hippie, pero era de derecha, cuando pocos lo eran. Amante de la literatura -que incluía, por cierto, a Miguel Serrano, lo que lo catapultó a la condición de nazi metafísico- tenía -y sigue teniendo- respuesta para todo. Bueno, este periodista, que alguna vez trabajó en la Agencia Nacional de Comunicaciones (Dinacos) -la agencia comunicacional de la dictadura y que, por ejemplo, explotó al máximo el arribo del cometa Haley para esconder lo que pasaba en Chile, en los 80, con el tema de los derechos humanos- considera que la memoria es ficción en movimiento perpetuo.

“¿Me asusté el 11 de septiembre? ¿Lloré? ¿Me llené de entusiasmo por la liberación nacional? ¿Caí al suelo por la derrota de la causa popular? Probablemente todo el asunto solo me extrañó y, la verdad, no me importó mucho. Tenía nueve años y en mi casa la política era apenas tema, y de ese apenas yo pescaba con suerte las migas”, reconoce.

Y si bien se siente uno de los “hijos de la dictadura” porque “nacé el 64 y viví todo el tránsito de la niñez a la adolescencia y la juventud con Pinochet a todo dar”, ni por asomo se siente una víctima: “Lo pasé bien, qué va. Otros sufrieron lo indecible, ahora lo sé, pero entonces, pues ná. Por influencia de mamá, a los cinco años yo me paseaba por el barrio recogiendo pedazos de vulcanita y escribiendo con mayúsculas ALESSANDRI VOLERÁ (sic) en los postes y las veredas.”.

Su adscripción a la derecha desde la más tierna infancia está relacionada con su mamá: “Ella hablaba de ‘el Paleta’ y contaba cosas enternecedoras del caballero, y yo no podía ser otra cosa que fan irreductible de mi mamá, que me compraba autitos Matchbox. También por mi mamá creo que a esa edad quise ser de Patria y Libertad, aunque ella me dijo que mejor fuera de la Juventud Nacional. La señora vivía entre asustada y asumida en esos años

convulsos. Nos agarraba de un ala cuando en la calle Valparaíso aparecía una horda de obreros con cascos, banderas y cánticos, y una vez nos llevó al Teatro Municipal a un acto de la oposición donde cada vez que una vieja decía ‘a la Democracia Cristiana’, de la galería los cabros de Patria y Libertad o de la Juventud Nacional, le gritaban ‘Chile está primero’. Fue llamativa esa cuestión, para qué voy a mentir”.

En esa lógica, Philippe recuerda con especial atención lo que llama “arremetidas” de tropas a pie y en jeep por la población Empart, a pocos días del golpe que veía, a plena luz del día, desde el segundo piso de la casa de su abuela: “En el mismo sentido, ya de vuelta en Miraflores, a todos los cabros del barrio nos motivó la llegada de un jeep cargado de infantes de marina a la casa de los Maira, mis vecinos. Rodeamos el jeep con el Rodrigo, el Juan Pablo y quizás el Helmuth. Miramos a los milicos, poco a poco nos acercamos, los revistamos de pies a cabeza y Rodrigo, para salir de la duda que nos atronaba, se atrevió finalmente a preguntar: ‘¿Pesan mucho las armas?’. Lo notable es que los milicos estaban ahí porque la mamá de los Maira se había atravesado la mano de un balazo. Nunca le di importancia al hecho de que mis vecinos anduvieran armados, como tampoco parecen haberme impactado los cuentos de mamá sobre que ‘arriba está lleno de cubanos’ y que pillaron a unos tipos que querían hacer explotar el depósito de balones de gas de no sé dónde, aunque cerca”.

A fines de los 60 entró al colegio: “Debe haber sido en 1970. Junto con abortarse el planificado autoexilio en Canadá -a última hora papá decidió que no estaba para empezar de cero y prefirió comerse la UP-, mi libertad radical se transformó en la tortura de ponerse el mameluco beige, pintar grandes letras con lápices de cera bajo las órdenes de Frau Funck. El 71 la cosa no mejoró mucho. Primero básico y la noticia pasmosa de que las palabras llevaban tilde, y el 72 llegamos a la casa propia en Miraflores. Y así, en plena Unidad Popular, se abrían para mí los bosques y las quebradas del barrio, los partidos de paletas y fútbol y las naciones en la calle”.

De cómo se vivía esos tiempos le consta que había colas por todos lados porque las vio y que para él la dictadura no existía o era cosa lejana: “La dictadura era como los negros muriéndose de hambre en Etiopía, cosa que tenía que dar pena; sentirse apenado era lo que correspondía, pero la verdad es que Etiopía estaba demasiado lejos como para sentir cualquier cosa. Lo mismo con Pinochet. Ni por asomo sabíamos de torturados y detenidos

desaparecidos porque junto con sernos eso tan ajeno, leíamos El Mercurio de Valparaíso, veíamos TVN y nos pasábamos los sábados con Don Francisco, todo matizado con algo de Enrique Maluenda y “El Festival de la Una”, donde las modelos cuchareaban sabrosalsa Deyco; también con Cine Triple Acción en UCV-TV y Tarzán, con Johnny Weissmuller”.

Continúa: “En el colegio rápidamente se abortó el juego de ‘los milicos contra los upelientos’ -que, según cuenta la leyenda, intentamos en la básica y que le cargó a los rojizos y socialdemócratas profes alemanes- dio paso a las peleas entre cursos, donde corrían sangre de narices y lágrimas de rabia”.

Bueno, concluye, “ya lo esboqué y ahora puedo sellarlo: no me importó el 11 de septiembre de 1973 porque tenía nueve años y otras cosas me convocaban. Mi casa era territorio sin Dios ni Amo: jamás me bautizaron ni me hablaron de religión; apenas, y bien chico, me leían la Biblia para Niños, que eran puras aventuras donde destacaba un tal Barrabás, que comía gente. Del mismo modo, muy pálidamente se trataban las ideologías; quizás una que otra mención al “Paleta”, a Frei o al “Chicho” que, en todo caso, hoy no recuerdo”.

## LA ANTENA DE RADIO CORPORACIÓN

“Agáchense! No levanten la cabeza y muévanse derechito... ¡No miren pa'riba!, nos dijo don Mario, el papá de mi mejor amigo y compañero, Willy, mientras nos arrastrábamos porque arriba, en el cielo, los Hawker Hunters, estaban tratando de derribar las antenas de la radio Corporación”. Así relata esa mañana el periodista Marco Sotomayor, quien ha desarrollado una intensa carrera en el mundo del periodismo deportivo.

“Era el 11 de septiembre de 1973, cerca de las 9 AM. Chile estaba paralizado, excepto por los espasmos que generaban los bombardeos y las balaceras. Sin embargo, podían oírse los lamentos de una democracia agonizante”, sentencia desde la madurez que da el paso del tiempo.

Con ocho años, reconoce que pese al inminente peligro y de no saber exactamente qué pasaba, la curiosidad por ver era más fuerte que la posibilidad real de que les llegara un balazo o las esquirlas de una bomba. “Eran balas de alto calibre. No sé. Nunca me ha gustado el mundo de las armas, pero las balas parecían balones de gas de 15 kilos”, recuerda.

“Mi vecino Willy, quien vivía frente a mi casa, en el paradero 19 y medio de Vicuña Mackenna (habíamos ido a colonizar La Florida, en esa época una comuna más rural que urbana), también era mi compañero de curso en el Colegio Bertrand Russell, donde cursábamos cuarto básico. Esa mañana, tempranito, el papa de Willy le dijo a mi mamá que nos iba a buscar a ambos al colegio cuando se supo del golpe militar y que ya estaban bombardeando La Moneda”, relata.

Marco y Willy, y también su papá, se arrastraron como comandos durante casi 20 minutos, hasta llegar sanos y salvos a sus casas. Su pecado, reconoce, era vivir a una cuadra de Radio Corporación, que fue la última emisora a favor del gobierno allendista que transmitió ese día hasta que destruyeron su antena.

Ya en el hogar lo recibió su madre con té con leche y pan con dulce de membrillo. Más tarde llegó su hermano mayor, Mario: “Al rato salimos los dos y nos subimos a la pandereta de la casa para mirar qué había pasado con la radio, y porque seguían volando muchos

aviones y helicópteros. Cuando nos vio la mamá, salió con una escoba y entre el susto de que nos pasara algo, balas de verdad, y un par de palos en los brazos y piernas de parte de nuestra enojada madre, nos dijo ‘cabros h... entren a la casa’. Y ahí se acabó nuestra fallida y adrenalítica experiencia como vigilantes de las ruinas del bombardeo”.

Y aunque en su casa no eran muy políticos e imperaba un tono bastante opositor a Allende, especialmente porque su padre era DC y odiaba a la Unidad Popular, paradójicamente, su madre salió al antejardín a llorar por la muerte del mandatario socialista.

“¿Quién entiende a las mujeres?”, comenta Sotomayor con ironía respecto del sentido llanto de su madre por la muerte de Allende, a quien nadie quería en su familia.

“De ese día recuerdo poco. Creo que el bombardeo contra la radio y el habernos arrastrado en el suelo, me dejó sin memoria. Solo tengo imágenes fugaces. Ya en la tarde noche recuerdo haber puesto unos discos de rock de mi hermano y comer arroz con vienesa y tomate. Con una limonada me fui a la cama y me dormí profundamente”, agrega.

“Como en los días posteriores no tuvimos clases, con Willy y mi hermano, aprovechando un descuido de mi madre, fuimos a ver cómo había quedado la radio: un lado de la casa destruido, muchos escombros y piedras repartidas en la tierra, y la antena semi chamuscada, pero inutilizable, en el suelo; hoy pienso que esa imagen era una clara metáfora de lo que había pasado y seguiría pasando a Chile por varios años más”, concluye.

## LOS TECHOS DE LA LEGUA

"No quedan niños de esa época, porque los comunistas se los comieron a todos", ironiza la periodista Soraya Rodríguez, ex militante del PC, quien pasó el golpe en la población La Legua, "la primera toma de América Latina; donde los máximos dirigentes siempre fueron comunistas y la única vez que estos no ganaron, fue cuando los venció un sacerdote, pero no cualquiera, un cura mirista, pero no uno clandestino, porque los comunistas fueron derrotados por el párroco Rafael Maroto", sentencia.

Bueno, los hijos de quienes se tomaron La Legua, ganaron luego su territorio de la misma forma y lo llamaron La Victoria.

A juicio de Rodríguez los chilenos que tenían más de cinco años y menos de 18 durante la década de los '70, vivieron un mundo de contrastes, una época que define "de libertad y de volantines encumbrados arriba de los techos de las casas de la población, como de amenazas constantes contra los más débiles. Un espacio de luces y de sombras, pero, sobre todo, de colores".

Para esta académica y periodista de la Radio Universidad de Chile, y quien también fuera la asesora de comunicaciones de Isabel Allende, cuando esta fue presidenta de la Cámara de Diputados, el medio litro de leche diario -instaurado por Allende- hizo fuertes a estos niños, remarcando que los que pasaron el golpe militar fueron los mismos que dijeron basta a la dictadura en los '80. "Los Infantes y los Machucas nunca estuvieron más juntos en la historia de Chile que durante la Unidad Popular: varios iban a los mismos colegios y hasta jugaban juntos. Pero mientras unos tenían miedo, los otros estaban acostumbrados a dar la pelea", sostiene.

### **El bombardeo**

La Legua, ubicada en San Joaquín, surgió durante la década del 30 con la llegada de los obreros provenientes de las salitreras del norte y de los campesinos del sur, y donde el PC tuvo gran injerencia. Como siguió creciendo se creó la Legua Nueva, en 1947, y la Legua Emergencia, en 1951, hoy estigmatizada por el narcotráfico y la delincuencia.

Fue la única población urbana en que sus pobladores, básicamente jóvenes, combatieron el 11 en las calles contra carabineros y militares, apoyados por trabajadores de la empresa SUMAR. Por eso recibió amenazas de bombardeo.

Cerca de allí se encuentra La Victoria que se levantó el 30 de octubre de 1957 cuando mil 200 familias se tomaron los terrenos de la Chacra La Feria. Caminaron desde el “Cordón de La Miseria”, que estaba en el Zanjón de La Aguada y entraron por lo que hoy es la avenida La Marina. Una toma que reforzó, como antes lo hizo La Legua, un derecho reivindicatorio a la vivienda que hasta ese momento no se consideraba como tal.

Soraya Rodríguez revive el día en que los amenazaron con bombardeos. “En la tarde del 11 de septiembre comenzó el rumor de que iban a bombardear la población y también se instaló el miedo. La mamá, siempre corajuda y altiva, mostraba por vez primera un dejo de no saber qué hacer. Ella, junto a su Raulito Jr. y yo, estaba encerrada en su palacio de ‘Legualandia’, que permanecía rodeada por ‘milicos’; se escuchaban disparos y uno que otro grito... pero allí ya se las habían arreglado para orientar a los vecinos: Iban a bombardear. No sé si fue a la mañana siguiente que ese silbido rasante levantaba las planchas de zinc de los techos donde, hasta el día anterior, los niños jugaban a no tener límites y ella a tener un huerto”. Y es que, señala, como en las casas de las poblaciones no había patios o eran muy pequeñitos, la vida se hacía arriba de los techos

“Yo solo miraba. No había que hablar, todo podía ser usado en su contra y la expresión de quien siempre me protegía, me daba tiritones internos, en el alma, allá cerca del corazón. Juntas habían escuchado la despedida del Chicho por la radio y apretaron los labios para contenerse”, recuerda.

“Las planchas de zinc se levantaban con el vuelo de aviones de la Fach, quién sabe de qué porte, porque eso no importaba. Iban a bombardear y nadie podía hacer cosa alguna para impedirlo, ni para salvarse. Legualandia sería castigada, había tenido la osadía mayor, la de ser el único reino que se opuso, no con palabras, sino que, de verdad, al golpe. El mismo 11 hubo pobladores que enfrentaron a ‘pacos’ y ‘milicos’, así cumplieron con la promesa popular de defender su gobierno y fue la única población ... la única”, explica.



Pero ese día La Legua estaba rodeada y los aviones silbaban de la manera más fea, más inolvidable, asegura Soraya: “el silbido, los gritos desgarrados en la noche, el silencio, las botas, eso de pasar bala y el disparo de una tanqueta contra Raulito jugando a la pelota en la calle, cuando levantaron un ratito el toque de queda. Sonidos que construyeron el relato de esos días de encierro, con mi madre quemando libros maravillosos y ofreciendo café a los conscriptos asustados también para que nada sucediera en el nido. Los restos de cuero cabelludo arrancados con los yataganes quedaron sembrados en la esquina y explicaban los gritos de la noche. Los niños vieron eso y más, fueron obligados a crecer de golpe, sabiendo ya que la vida digna se defiende y hay muchas formas de hacerlo”.

El silbido, agrega, se ha repetido con los años, no el de los aviones, ese es único en su memoria, pero en los días de protesta de estos nuevos tiempos más de una bala pasó cerquita de su oído y también allá en el reino de La Legua.

El silbido tiene sus cosas, explica: “pronto sin saber cómo, se convirtió en señal para avisar si se podía o no entrar a la población, ubicada a una legua de la Plaza de Armas. Adquirió tonos y melodías precisos, al punto de constituir un mensaje ya más complejo sobre dónde estaban los malos o cuánto esperar para entrar. Detalles del reino mágico que transforma, porque al final eso es lo que tiene ese lugar: Una tremenda capacidad de lo que hoy denominan resiliencia”.

Hoy el reino de la Legua, como lo llama, tiene su propio museo: “Qué gran reino este que no olvida y supervive, viste de colores cada jueves y domingo de feria y soluciona sus problemas a la antigua. Allí siempre una mano ayuda a la otra y, en silencio, con los ojos bien abiertos, sin decir agua va, sin gritar, se hace lo que se debe. Cada 11, la plaza se llama Salvador Allende, para que la herencia de barbarie sepa que allí se defiende lo propio, lo que se llama nuestro. Las alimañas han penetrado en sus venas, narcotizando cuerpos y almas por monedas de muerte, pero a pesar de todo, con un guiño y una mueca, los ojos nos brillan de convencidos. No ganamos los humildes, pero tampoco nos entregamos y cada día, con más niños organizados para bien o para mal, el reino sigue con la memoria y la frente en alto, como la cordillera a la que mira con unidad ante lo necesario y esperanza trabajada, silbando a lo que viene”.

## **LAS BRP, LOS MUROS DE ALLENDE**

"Fue en 1971, si mal no recuerdo. Tenía 12 años y hacía muy poco había estado en los trabajos voluntarios de la FECH. Yo trabajaba en la Brigada Ramona Parra del comité regional San Miguel del Partido Comunista; que dirigía el compañero Víctor Díaz. Un día domingo en las paredes del Hospital Barros Luco empezamos a hacer un rayado que decía 'El cobre ahora es chileno'".

Franklin Santibáñez, dirigente de las JJCC y quien estudió filosofía en el entonces Pedagógico, era el trazador. Atrás venían todos los otros que rellenaban el mural que realizaban las BRP, que aún existen y que son grupos organizados de jóvenes muralistas, cuyo nombre homenaja a una joven militante comunista asesinada en una manifestación realizada en Santiago, el año 1946.

Las BRP, que se transformaron en un icono de esos tiempos, en sus inicios centraron su trabajo en la elaboración de consignas alusivas a la cuarta candidatura presidencial de Salvador Allende y luego integraron coloridos dibujos e imágenes representativas de los más variados componentes de la realidad nacional como forma de comunicar y celebrar la gestión realizada por el gobierno de la UP. Fruto de estas motivaciones se realizaron enormes murales que, además de intervenir el espacio público, evocaron la experiencia latinoamericana del muralismo. A este período corresponden la confección del mural "El primer gol del pueblo chileno" (1971) en la comuna de La Granja, en cuya elaboración participó el pintor Roberto Matta.

Franklin prosigue su historia de cuando fue un juvenil brigadista: "Estaba en eso, trazando, cuando desde un auto negro bajó una rubia espectacular y detrás de ella un señor de unos 60 años, gordito y que miraba con mucha atención lo que hacíamos. Ella era rusa y era la traductora del señor. Me explicó que él estaba recorriendo varios países del Cono Sur filmando algunas cosas. Me pidió autorización para filmarnos, a lo cual, por supuesto, accedí... ¡era un ruso! Entonces bajó una gigantesca cámara del auto y se puso a filmar. Luego me pidió que por favor mirara a la cámara y explicara lo que estábamos haciendo y por qué lo hacíamos".

El ex dirigente recuerda qué le contestó al ruso: “que los muros eran como los diarios del pueblo y que la gente de izquierda no teníamos medios para dar a conocer nuestros pensamientos a la gente y por eso hacíamos esto”.

Entonces, continúa, “cuando me preguntó qué es lo que estábamos escribiendo y por qué, le dije -vestido de brigadista: con casco, pinceles y esas cosas- que la principal riqueza de nuestro país era el cobre y que hasta ahora todo se lo llevaban los norteamericanos y que el compañero Presidente había tomado la determinación de nacionalizarlo, porque las riquezas del país debían ser para los chilenos y porque teníamos que financiar el medio litro de leche para los niños y la educación gratuita para nuestro pueblo”.

Cuando se iba, subraya, “le dije riéndome si me podía mandar una copia de lo que filmó y me dijo que se la mandara a pedir. Me dio su tarjeta: Roman Karmen. Mosfilm Moscú, rezaba. Me regaló un paquete de cigarrillos rusos, se subieron al auto y se fueron”.

## **Natasha**

Tiempo después, explica Franklin Santibáñez , “el secretario regional de las JJCC de San Miguel (Oscar Saravia, el mismo que después traicionó y colaboró con la CNI), me comunicó que el comité central había recibido una invitación del Komsomol Soviético para que un grupo de niños chilenos viajara a la URSS al campamento de Pioneros en Ucrania (Kiev) y que el regional me había seleccionado a mí para que los representara. Mi sueño de toda mi corta vida había sido viajar, aunque fuera a Mendoza y ahora me pedían que preguntara a mis padres si me autorizaban a viajar por un mes a la "madre patria". Pues bien, viajé junto a otros nueve cabros chicos. Fue un viaje maravilloso y uno de los más bellos recuerdos de mi vida”.

“Mientras estaba en Artek - así se llamaba el campamento- conocí a mi primer amor, el más inolvidable. Se llamaba Natasha Selushenkova, tenía 13 años, era más alta que yo y un pelo que me recordaba el cuento Rapunzel que siempre me leía mi madre: largo y rubio. Cuando regresé sufrí mucho con ese amor, tanto que nos hicimos una promesa: le dije que el 3 de agosto (día del cumpleaños de mi madre) de 1976, a las 12:00 horas, junto al mausoleo de Lenin, la estaría esperando para no separarnos nunca más”, señala en lo que fue una suerte de promesa estilo de la película “Antes del Amanecer”, pero en versión comunista.

Esa fecha marcó su vida: “Todo lo que hice desde allí en adelante fue pensando que tenía que cumplir esa promesa. Pero bueno, el resto es sabido, vino el golpe y las cosas tuvieron que adaptarse. Por eso, en 1974, tomé la decisión de irme a Argentina para poder tomar un barco desde allí y partir a Rusia en busca de mi amor. Mala suerte, vino el golpe en Argentina y tuve que resignarme a trabajar como un emigrante más”.

La historia de amor no terminó allí: “La traductora que nos asignaron los rusos, cuando estuvimos en Artek, se llamaba Galia. Ella nos traducía el pololeo que tuvimos allá con Natasha y después nos sirvió de puente para seguir comunicándonos. Después de Argentina volví a Chile e ingresé a la Universidad, sin embargo, siempre nos carteamos con Natasha. Ella mandaba las cartas a Galia, esta las traducía y me las enviaba a Chile junto con el original. Eso lo hicimos aún en dictadura. Un día cualquiera estaba en Concepción estudiando y recibí una carta de Natasha. Me decía lo siguiente (casi literal porque nunca lo he olvidado) ‘...Querido Franklin, hoy te vi. Tú en la pantalla, yo en la sala. Han pasado ocho años, ya no sé si es mucho o poco, pero te veías igual a cómo te conocí y lloré, lloré mucho...’”.

Franklin explica que cuando leyó esa carta no entendió nada por lo que inmediatamente escribió a Galia y le preguntó a qué se refería Natasha: “Meses después, Galia me explicó que en la URSS existía un director de cine muy famoso -no sólo allá, sino que en toda Europa- que había filmado durante la guerra civil española y otras cosas, que era fundamentalmente un documentalista de la historia y que tenía el premio Lenin. Su nombre era Roman Karmen. Me contó que él había hecho hace un tiempo una película que se exhibía en Europa y que se llamaba "Continente en llamas", que relataba los procesos sociales que se estaban viviendo en algunos países del Cono sur: Uruguay, Brasil, Argentina y Chile”.

La película, explica Franklin, consistía en entrevistas a los Presidentes de esos países (todos de izquierda en ese momento), las que iban acompañadas con imágenes del país: “Galia me contó que los únicos que hablaban eran los mandatarios, pero que en el caso de Chile hablaban dos personas: Salvador Allende y yo. ‘Tú estabas con un traje como de pintor y había unos muchachos atrás tuyo...’, me dijo. Nunca he podido ver la película, pero siempre me acuerdo del convencimiento con el que hablaba yo acerca de la nacionalización del cobre, tratando de convencer a este hombre, que para mí no era más que un ruso turista con plata que quería guardar recuerdos de su paso por este país”.

## EL CURA MARIO

Pilar Reyes, periodista de la Universidad de Chile, quien trabajó en sus primeros años con comunidades de Chiloé en un proyecto de comunicación popular, bajo el alero de la Iglesia, y luego en el equipo de comunicaciones de la Universidad de Santiago, descubrió su vocación de cantora popular profesional hace unos 10 años. Si bien siempre guitarreaba y entonaba canciones, un cáncer que logró parar a tiempo, la llevó meses después a curarse con la música. Ingresó a un grupo folkórico profesional que se reunía cerca de su casa, en el barrio Brasil, integrando, incluso, el proyecto Mil guitarras para Víctor Jara. Hoy canta y sigue cantando.

Su nueva y vieja vocación la heredó, cuenta, del cura Mario: “Llegaba sin anunciarse, pero bastante seguido, hasta nuestra casa de muros blancos, en Ercilla, a conversar de lo humano y lo divino y, de paso, a llenar de música el ambiente. Elegía temas de Víctor Jara y Ángel Parra, al parecer sus cantautores preferidos que, con los años, también se volvieron los míos. Una herencia músico-ideológica que marcó mi camino en el canto popular”.

“Mientras mi madre le preparaba un té con leche, bien caliente, y unos huevos revueltos casi naranjos, de lo frescos que eran, el curita entonaba emocionado, ‘Yo no canto por cantar, ni por tener buena voz’, de Víctor Jara. La conversa duraba hasta la noche”, prosigue.

Pero el cura Mario, explica Pilar, que en esos años tenía 9 años, no cantaba en la iglesia: “Los domingos, desde el altar, llamaba a dejar de golpearse el pecho y procurar hacer algo por los más pobres. Decía que había niños sin zapatos, mal alimentados, que necesitaban nuestra ayuda. En medio de la prédica, algunas señoras murmuraban: ¿De dónde salió este cura? ¿Qué es eso de hacer campañas contra los piojos, en lugar de rezar?”

Pero a él, remarca Pilar, no le importaba mucho lo que se decía en la predica, mucho menos lo que comentaban las señoras pechoñas: “A veces pasaba a buscar a mis hermanos y se perdía en caminos empedrados, cruzaba potreros y ríos hasta las ‘reducciones’, para apoyar a las organizaciones campesinas, y llevar un mensaje de esperanza”.

Los 70 eran los tiempos de los curas-obreros, de los curas campesinos que se integraban a las comunidades como uno más, sin privilegios y corriendo los mismos riesgos.

Los curas obreros fueron absolutamente incidentes en esos años. Surgieron en Francia, en la década del 40, pero pronto se expandieron por Europa, luchando, por ejemplo, contra la represión franquista en España, y en los 60, tuvieron su manifestación en América Latina, al amparo de la Teología de la Liberación; una reflexión que, a partir de la praxis, busca en la fe cristiana en el Evangelio de Jesucristo la inspiración para el compromiso contra la pobreza y en pro de la liberación integral de todo hombre.

En Chile los ejemplos de estos sacerdotes, viviendo en poblaciones y defendiendo los derechos humanos son muchísimos: José Aldunate, Mariano Puga, Roberto Bolton, José Correa, Esteban Gumucio y Ronaldo Muñoz, entre otros) quienes fueron parte de la EMO (Equipos de Misión Obrera), creada en 1983, y algunos miembros del Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC). También fundaron el Movimiento para denunciar la tortura "Sebastián Acevedo", integrado por religiosas y sacerdotes.

Durante la dictadura algunos sacerdotes pasaron a engrosar la lista de detenidos, torturados, asesinados y hechos desaparecer por la policía o los servicios de inteligencia. Un casi emblemático fue el de Miguel Woodward, sacerdote británico que llegó a fines de la década del '60 a Valparaíso, quien entró a militar al Mapu, dejó la sotana y trabajó en los cerros porteños. Murió el 22 de septiembre de 1973, tras haber sido torturado en La Esmeralda.

También los asesinatos del padre francés André Jarlan, quien murió en la población La Victoria, durante la protesta del 4 de septiembre de 1984, y Joan Alsina, sacerdote catalán que trabajaba en la Parroquia San Ignacio de San Bernardo y como Jefe de Personal en el Hospital San Juan de Dios. Fue fusilado el 19 de septiembre de 1973, en el puente Bulnes, y su cuerpo arrojado al Mapocho.

### **Remolino café**

“En esos años mi familia vivía en Ercilla, un pueblo muy pequeño de la provincia de Malleco. Yo estudiaba en la escuela de monjas franciscanas junto a niños mapuches del campo y a hijos de colonos alemanes, suizos y franceses, que eran dueños de fundos de los alrededores. Tenía 9 años, cinco hermanos y entre mis recuerdos más felices de ese tiempo, están los paseos al río con muchos amigos en pleno verano”, relata retomando su historia.

Pilar cuenta que, como buena mujer de pueblo chico, su mamá formaba parte del centro de madres del pueblo y otros grupos que se dedicaban a organizar actividades en beneficio de la comunidad, donde los más chicos siempre andaban revoloteando. Pilar cuenta que cultivaba una huerta, criaba gallinas y preparaba mermeladas y conservas para el invierno. Era común, además, que las familias intercambiaran productos o simplemente regalaban alimentos a quien no tenía, lo que da cuenta de que en esos tiempos la solidaridad estaba a la vuelta de la esquina.

Eran tiempos en que los niños jugaban en la calle hasta que anochecía, sin miedo de nada, ni de nadie. Una costumbre que se vivía en el campo, pero también en las ciudades. Había menos miedo. Sin embargo, cuenta Pilar, los niños sí entendían las cosas que pasaban en el pueblo: reuniones o actos en sedes sociales, rayados en las paredes o discusiones a grito pelado en la calle. “Una tarde, frente a mi casa, pasó una marcha de campesinos portando palas, azadones y horquetas y gritando que la tierra era de quienes la trabajaban. Hasta mucho después, comprendí el significado de esas palabras. Es un recuerdo borroso, como un remolino color café. Creo que tiene que ver con el polvo que cubría sus ponchos y sombreros, pues venían caminando por kilómetros desde sus comunidades. De pronto, cuando ya no pasaban más personas, en la última fila, vi a uno de mis hermanos, el Kiko, quien, a sus 15 años, apoyaba el gobierno popular”, recuerda emocionada.

En 1972 su hermano mayor, Lalo, ingresó a la Universidad en Santiago y su hermana Ruth al Liceo, en Temuco. Como su papá, que era carabinero, ya había jubilado se mudaron a Temuco después de siete años de vivir en Ercilla. El golpe, por tanto, los pilló en la ciudad: “Esa mañana estaba en mi escuela, lista para cantar con mi guitarra en un acto por el Día del Profesor. Pero no hubo acto, y todos volvimos a casa sin saber qué pasaba”.

Desde entonces, afirma la periodista-cantora, el temor se instaló en el hogar. “Mis papás estaban angustiados porque mi hermano Lalo, el mismo 11, él viajaba desde Santiago a Temuco. Pero el tren fue devuelto desde San Bernardo y no llegó ese día, ni el siguiente. Nadie sabía nada, era imposible comunicarse con familiares o conocidos y las pocas noticias que llegaban eran inciertas o terribles”, recuerda.

Pilar sentía en las noches el tronar de ametralladoras en el Cerro Ñielol mientras con sus hermanos miraban detrás de las cortinas a las patrullas militares que recorrían las calles.

“El 19 de septiembre por fin llegó el Lalo a la casa, demacrado y ojeroso. Recuerdo a mi mamá lanzarse a sus brazos, entre sollozos, mientras nosotros gritábamos con lágrimas en los ojos: ¡llegó el Lalo, llegó el Lalo...!”, prosigue.

Desde Ercilla las noticias que llegaban eran desalentadoras; se hablaba de personas detenidas y el cura Mario no fue una excepción y también fue detenido. Se lo habían llevado los militares: “Por mucho tiempo no supimos de él, ni dónde estaba, si había salido del país, si estaba vivo. Hasta que tuvimos noticias. Había logrado salir de Chile con ayuda del Cardenal Silva Henríquez”.

Entonces, el cura de Ercilla fue rescatado gracias a la intervención del cardenal, quien ayudó a mucha gente en esa época -religiosos, civiles e incluso de izquierda- e incidió en la creación de la Vicaría de la Solidaridad, que sustituyó el Comité Pro Paz, y que, durante la dictadura, entre 1973 y 1992, fue un organismo clave para asistir a las víctimas de la represión.

Afortunadamente, Mario se encontraba en Canadá, trabajando con enfermos en un hospital, ayudando a los demás como lo hizo siempre. Su estrella personal le prodigó mejor suerte que la que tuvieron los curas Joan Alsina, Antonio Llidó, Gerardo Poblete.

Muchos años después, cuando trabajaba para unas comunidades en Chiloé, Pilar recibió una postal del sacerdote donde la incentivaba a seguir trabajando por los demás: “Nunca he vuelto a verlo, pero él dejó una huella en mi espíritu y mi modo de ver el mundo. En mi alma de niña quedó para siempre grabada su voz cantando las canciones de Víctor y del Ángel. Eso nunca lo olvidé y sigue aquí conmigo”.



## LONQUÉN, TAN LEJOS TAN CERCA

“Habíamos vivido en Isla de Maipo en tiempos en que mi padre tenía una fábrica de jabón gringo, pero manteníamos la casa la mi abuela materna; por lo tanto, la elección parlamentaria de marzo de 1973 nos pilló en esa localidad, donde votaba mi papá”, cuenta Fernando Jiménez Cavieres, arquitecto urbanista, pero dado a la escritura y al trabajo social durante toda su vida.

Fue en el local de votación donde su papá se enfrascó en una disputa con el teniente de Carabineros, a cargo del local de votación. “Estaba molesto porque había personas haciendo propaganda a favor de los candidatos de derecha al interior del recinto. Cuando reclamó, el oficial le dio la espalda y ahí mi padre le exigió el libro de quejas. Ante esto, el carabinero le contestó de modo autoritario que no había libro de quejas. Se trataba del teniente Lautaro Castro Mendoza, el mismo que detendría y asesinaría, unos meses más tarde, a los campesinos cuyos cuerpos se encontrarían, en 1978, en las minas de Lonquén”, relata Jiménez.

Recuerda que su padre, que era un socialista de toda la vida, regresó indignado y llamó por teléfono a uno de sus tantos amigos, un general de Carabineros, que de inmediato dio la orden de enviar a un mayor a remplazar al teniente como jefe del local de votación: “Ese evento nos acompañó por muchos años, ya que mi padre nos relató que su amigo general le habría propuesto relevar del cargo al teniente en cuestión o mandarlo a otra localidad, algo que mi padre desechó. Una decisión que lo perseguiría por el resto de su vida, pese a que lo consolábamos diciéndole que de seguro habría hecho lo mismo en otros sitios”.

Fue en la casa de Isla de Maipo donde se refugiaron días después del golpe, tal como se los indicó su padre la mañana en que él viajaba a Europa por un tema de negocios, poco antes del 11 de septiembre. Pensaba que era un lugar más tranquilo que Santiago, pero estaba profundamente equivocado.

“Viajamos en el auto familiar conducido por el novio de mi hermana, el único con licencia en la familia. Allá nos recibió un ambiente denso, con historias de pacos cortando los pantalones a las mujeres y el pelo a los hombres. Me cuesta creer lo que no veo, desde siempre, hasta que, frente a la casa, observé cómo le cortaban el pelo, a tijeretazos, a un adolescente poco mayor que yo. Mi cuñado se molestó mucho cuando supo que el auto que había manejado desde Santiago, llevaba dos armas, que mi padre guardaba en el velador, y que escondimos con mis hermanos más chicos en la maleta del auto el mismo día del golpe. Como estaba harto del encierro, mi cuñado fue al pueblo a cargar bencina y a comprar puchos. No regresó”, relata Jiménez.

En medio de la incertidumbre que reinaba, alguien les contó que se lo habían llevado los carabineros, con auto y todo, versión que la policía negó una y otra vez hasta que un ex alcalde de derecha les confirmó que lo habían trasladado al Estadio Nacional: “Fue un milagro que no terminara en Lonquén. Mi cuñado nos contaría después que el teniente Castro insistía en saber dónde estaba escondido mi padre, quien, de haber estado en Chile y en Isla de Maipo, lo más probable es que sí hubiera sido uno de los muertos de Lonquén”.

## **El Plan Z**

Por suerte, explica Fernando, la casa de Isla de Maipo fue allanada cuando ya habían regresado a Santiago. La cuidadora del lugar les contó después que los carabineros buscaron hasta en el entretecho, que no se abría desde 1905, por lo que los funcionarios quedaron cubiertos por un manto de tierra y palomas muertas: “Se llevaron fierros de anticuchos y unos planos de mi bisabuela para hacer alfombras a telar, que en la contracara del dibujo tenía indicadas las puntadas, 2V, 3 R (2 verdes, 3 rojas), argumentando que eran parte del plan Z...”.

El denominado Plan Z era un supuesto complot de partidarios del gobierno de Salvador Allende y colaboradores extranjeros, que pretendía llevar a cabo un autogolpe con el fin de imponer a la fuerza un gobierno marxista y que se suponía un plan de asesinato masivo de militares, dirigentes políticos y periodistas de la oposición, sin olvidar a sus familias.

Fue una “fake news” de esos tiempos con el que las Fuerzas Armadas y sus seguidores quisieron justificar el golpe y la barbarie. Raúl Sohr, experto internacional, explicó en 2013,

los detalles del origen y las consecuencias del primer invento comunicacional de la dictadura, asegurando que el primer vocero de la Junta Militar, Federico Willoughby, fue quien le reveló la verdad durante una entrevista: “Fue una gran maniobra de guerra psicológica. Nada de eso fue verdad”.

En un reportaje de CNN, Willoughby sostuvo que “yo tengo la impresión que la gente encargada de las operaciones de inteligencia, discernieron que era conveniente generar un elemento de justificación del pronunciamiento militar para convencer a la población civil que los habían salvado. Entonces se hizo este libro y se produjo incluso un efecto social”.

Para Fernando los eventos de esos días habían empezado a precipitarse el 8 de septiembre de 1973, el día que cumplió 12 años. Aunque no recuerda celebración, ni saludos especiales, lo que no quiere decir que no los haya habido, ese sábado, el acontecimiento del día, para todos en su familia, era el viaje a Europa de su padre. No era su primer viaje de negocios, pero esta vez lo hacía con uno de sus socios, que era de derecha. Durante el trayecto a Pudahuel su padre entregó una serie de recomendaciones, en especial si se concretaba una nueva intentona golpista, porque ya había habido un primer intento el 29 de junio. La recomendación principal era que tenían que partir de inmediato a la casa de la Isla.

El arquitecto, que desde 1968 vivía con su familia en una casa propia, en la recién estrenada Villa Frei, en Ñuñoa, era el único no involucrado en más política que compartir el entusiasmo familiar por las marchas masivas, los festejos de triunfos y campañas. También en la ilusión de que Allende traería el Chile más justo que tantos soñaban para ayudar, sostiene, a esos niños que veía en la calle con ropas andrajosas, sin zapatos y con “piñén”, y que le daban una mezcla de pena y miedo.

### **Laurita Allende**

Jiménez reconoce que aunque la casa de Isla de Maipo siempre estaba llena de gente en tiempos de elecciones, era un revuelo cuando se aparecía Laura Allende, la hermana diputada de Salvador: “La Laurita le tenía un gran cariño a mi madre desde que se habían conocido durante la campaña presidencial de 1964, a partir de una carta que mi madre le había escrito al entonces senador y candidato a presidente, Eduardo Frei Montalva, y que llegó a las manos

de la Laurita en una cena de campaña donde mi padre la conoció. La Laurita quedó encantada con la carta y le preguntó si podía mostrársela a Salvador, algo que mi padre aceptó”.

En esa carta, la mamá de Fernando le pedía a Frei acabar con la campaña del terror dirigida a los niños, en particular con la frase “niño, no temas, tu madre y yo votaremos por tí, votaremos por Frei”. Su madre reprobaba usar el miedo como argumento y, como madre y profesora, le horrorizaba que la campaña apelará a los niños. “¿No cree que tocar a los niños es criminal? ¿no hay acaso en su campaña una persona que piense en el tremendo shock que recibirán miles de niños freístas cuando sepan del triunfo del Dr. Allende”, preguntaba su madre en la carta.

Un día después del cierre de campañas, al llegar su madre al liceo de San Miguel, donde trabajaba, fue recibida con felicitaciones y la noticia de que, la noche anterior, Allende había leído su carta a Frei, en el teatro Caupolicán. A ese evento le siguió una invitación de la Laurita a la radio, donde ella misma leyó su carta y el impacto mediático - como se diría hoy- llevó a que el comando de Frei no continuara con esa línea. Si bien era un triunfo para su madre, empezaría a padecer en persona el odio político, siendo atacada por la prensa de derecha. No faltó, incluso, quien dudará que había sido escrita por una profesora de educación básica y madre de seis hijos.

Lo cierto es que la figura de Salvador Allende conmovía a Fernando: “En la campaña de 1970, mi corazón infantil se exaltó de emoción al subirme a un escenario, en Isla de Maipo, donde mi madre estaba sentada junto a la Laurita e instalarme subrepticamente en la misma silla que, segundos antes, Allende había usado antes de dar su discurso. Nadie me llamó la atención y mi corazón de niño latía de emoción por ocupar ese asiento tan especial”.

## **El viaje**

“El martes 11 de septiembre, en la casa de Villa Frei, una de mis hermanas me despertó diciendo ‘levántate, hay golpe’ y mi espontánea reacción fue de incredulidad. ‘¿Otra vez?’, dije, ya que unos meses antes, el 29 de junio, ella -podría jurarlo- me había despertado con la misma frase. Sin embargo, nada era igual esta vez”, recuerda.

Concentra lo que pasó ese día en una serie de acontecimientos: La voz de Allende tratando de tranquilizar; uno de sus hermanos esconde la cinta radial que contenía la carta de su madre a Frei dentro de un tabique (recién se recuperaría 35 años después); la radio no se había apagado y el último discurso de Allende fue el impulso para que su madre fuera a buscar a los hermanos mayores que estaban en una toma; junto a uno de ellos esconden una pistola y un revolver de su padre en el auto familiar; se van a la lujosa casa del padre de los socios de su padre y desde una gran terraza balcón, ven helicópteros y más tarde, los Hawker Hunter descendiendo y bombardeando Tomás Moro y La Moneda. En la noche, los balazos sonaban cerca ya que la embajada de Cuba estaba a pocas cuadras.

Después del golpe su padre decide no volver de Europa y se va a Buenos Aires, con la ilusión de que “esto no va a durar mucho”, pero en abril de 1974, junto a su madre y los tres hermanos menores, viajan a Buenos Aires donde pasaría toda su adolescencia, y donde aprendería una nueva y fundamental palabra que le enseñó su madre profesora: “Nos decía que su filosofía de vida era ‘Tralleguein’, una palabra que por décadas juré que provenía del Mapudungun y así lo relaté tantas veces a mis amigos, y que significaba que había que saber levantarse y empezar de nuevo. Bastante tiempo después, ya siendo veinteañero y con la expectativa de irme a estudiar fuera de Chile, supe que eran dos palabras del inglés, “try again”, tratar una vez más. Al saber del error mi madre me dijo ‘hijo, más que el origen, lo importante es el sentido que damos a las palabras’. Y bueno, el sentido de las palabras, como el sentido de las cosas sigue ahí, latiendo fuerte”.

## EL NUEVO MUNDO

Mauricio Tolosa estudió periodismo en la Universidad de Chile, hizo hasta clases, y nunca se tituló. Master en Comunicaciones de la Universidad de la Sorbona, presidente de la Fundación de Comunicología, ha realizado asesorías comunicacionales por todo el mundo. Hoy, sin embargo, está dedicado al mundo y a la inteligencia de las plantas, y al haiku, poemas muy cortos de tres versos, de origen japonés, y que normalmente hablan de temas relacionados con la naturaleza o la vida cotidiana. Simpleza total.

Durante su infancia no se hablaba mucho de política: su padre era de derecha y dueño de un fundo, y su madre, más bien de centro. Mauricio, en cambio, salió politiquero. Dirigente universitario, militante del Mapu, que luego devino en la Convergencia Socialista y más tarde, mucho más tarde, en la Concertación. Hoy, sin embargo, está retirado de la política contingente.

Si bien nació en Punta Arenas, se vino muy chico a Santiago, donde el golpe lo sorprendió con 12 años recién cumplidos. De los mil días de Allende tiene recuerdos vagos: “Los papás de mis mejores amigos eran allendistas, casi todos tenían barba y usaban ropas sueltas. Sin embargo, mi familia era opositora al gobierno de la Unidad Popular: en la elección de 1970 mi mamá había votado por Tomic y mi padre, por Alessandri”.

En el colegio tampoco la política era un tema: “Mi colegio llegaba hasta octavo básico, y aunque había una atmósfera artística y creativa, la conversación política no estaba presente. Más bien había una cierta ‘rebeldía, que se manifestaba en querer usar el pelo más largo, ropas y camisas con flores y pantalones pata de elefante. Escuchábamos y bailábamos las canciones de Música Libre”.

Pero la realidad político-social traspasaba todo, aún sin que se lo propusieran. Por eso, pocos días antes de la elección presidencial de 1970, una de sus compañeras de curso había estado de cumpleaños, y el curso no encontró nada mejor que desfilarse ante su casa gritando y apoyando a cada uno de los tres candidatos en proporciones más o menos iguales ¿Emulando lo que entonces era el Chile de los tres tercios? Quién sabe. Pero ese desfile político-infantil, señala Tolosa, fue una actividad más del cumpleaños; fue como jugar al “alto momia es” o cantar el feliz cumpleaños. No fue una acción política propiamente tal.

También recuerda los escándalos valórico-morales por la conducta que estaban empezando a mostrar los preadolescentes compañeros: “Un momento de preocupación para la dirección del colegio y los apoderados, de uno y otro lado, fue cuando en séptimo básico hicimos una fiesta y apagamos la luz para bailar. Los padres, momios y upelientos, nos catalogaron como un curso tremendamente conflictivo. Ese fue el mayor conflicto que vivimos y francamente, nunca entendimos cuál fue el problema de apagar la luz”.

La política en su casa estaba reservada para los adultos, una conversación para las noches en que había invitados a cenar, encuentros de los cuales, tanto él como su hermana Marcia, debían retirarse: “Los invitados eran de todos los estilos: algunos parecidos a mi papá, muy formales, pelo corto y chaqueta, y otros barbones y con sandalias. No recuerdo peleas, ni discusiones alteradas entre ellos”.

Lo que sí recuerda es la atmósfera de temor y de escasez que se fue instalando poco a poco. “Y aunque nunca nos faltó comida, sí era difícil ‘conseguir’ las cosas; conseguir un tarro de mermelada o chancho chino -que me encantaba-, era una pequeña hazaña o, había que hacer largas colas para comprar pan o azúcar. Como que las cosas eran ‘difíciles’ y aunque mi padre estaba claramente contra la Unidad Popular, a la casa seguían yendo familiares y amigos partidarios de Allende”.

Para el 11 estaba estrenando sus 12 años: “Esa mañana, como todos los días, nos fuimos caminando al colegio que estaba a unos siete minutos a pie. Cuando llegamos nos devolvieron a la casa. Habitualmente habría estado feliz de no tener clases, pero había algo raro ese día, como grave, era una sensación que se percibía en el ambiente. Toda esa mañana estuvimos

escuchando la radio y alrededor de la casa se levantó una especie de muralla de silencio, como que no había autos ni micros. No había nada”.

A media mañana escuchó a los aviones de combate: “Después supe que eran los Hawker Hunter, los que bombardearon la casa de Allende en calle Tomás Moro. Se escuchaban disparos aislados -a veces bastante cerca-, pasaban camiones militares, y no había que asomarse a las ventanas. Palabras raras y oscuras, bandos militares, personas buscadas, un tono oficial de órdenes y guerra se instaló para siempre. Se había acabado una forma de vivir, de convivir, era como el día y la noche. Toque de queda, Estado de Sitio, prohibiciones”.

De esos días postgolpe, recuerda con claridad la primera vez que salió de la casa, hacia este nuevo mundo, para ir a jugar donde un amigo: “Caminábamos por calle vacías en una ciudad que parecía desierta, fantasmal. El colegio no fue una excepción. A pesar de que cuando volvimos a clases todo seguía más o menos igual, ya todo era distinto, se respiraba distinto, se sentía distinto, se escuchaba distinto. La verdad, nunca volvió a ser lo mismo. Era el nuevo mundo que hoy sigue aleteando”.



## MICROHISTORIADORES

Estas historias, o fragmentos de memorias rotas, permitieron adentrarse en la historia reciente del país de una manera íntima y resiliente ¿Por qué escoger los recuerdos de periodistas y escritores o cronistas que vivieron este tiempo desde lugares muy distintos, desde lo cultural y lo económico? Porque estos recuerdos y vivencias de una época tan importante, desestructurante y crucial para la historia del país, y que aún sigue generando controversia, fueron, paradójicamente, los que permitieron a este grupo particular de niños del 73 convertirse en sujetos históricos y en cronistas de su época. Fueron hechos dolorosos e incomprensibles que gatillaron la obsesión por observar, auscultar y explicar la realidad que nos/los rodeaba y nos/los rodea.

Recordar es un ejercicio cíclico que no termina nunca, que se retroalimenta y que se nutre de una memoria infantil diáfana, pero trastocada por el trauma de un proceso demasiado grande para niños de entre 7 y 13 años. Entonces, o estos niños fueron cronistas desde siempre y esos hechos gatillaron una vocación silente, o fueron los hechos particulares que vivieron en esos días, los que los transformaron en relatores y contadores de historias.

Hay recuerdos comunes que dan estructura a ese tiempo compartido. Lectura de revistas que explicaban la lucha de clases como Cabrochico, para los niños, o Ramona, para los más cercanos a la adolescencia, todas publicaciones de la Editorial Quimantú, que se instaló en el inconsciente colectivo con la emblemática colección de minilibros o Quimantú para todos.

Las largas colas para adquirir alimentos básicos frente al desabastecimiento que fue la espada de Damocles durante los mil días de Allende, y que las JAP trataron de administrar.

El acceso a cultura al alcance todos, como “Las Onces Populares “que se hacían en el subterráneo del hoy GAM; la simplicidad de una vida en la que no había consumismo y se jugaba en la calle; la presencia de los llamados “curas obreros”, que vivían en poblaciones o sectores rurales para vivenciar la pobreza y ayudar a pobladores y campesinos desde sus propios hábitats.

La leche que repartía el gobierno contra viento y marea. Medio litro de leche al día por niño/a chileno/a fue de las pocas medidas que sobrevivieron a Allende. Hasta hoy.

Pero entre los recuerdos compartidos también hay tristeza. La violencia tras el golpe, el bombardeo a La Moneda, con los aviones Hawker Hunter, y más tarde, a la casa familiar de Allende, ubicada en Tomás Moro. Luego, el toque de queda y las “largas vacaciones” que precedió el golpe, tras las cuales todos regresamos a clases a un país completamente distinto.

Atrás quedarían los tiempos en que la política estaba instalada en todos los niveles, incluso en la educación básica. Y es que la política fue eliminada del diccionario nacional al instalarse la cultura de la “no política” -que era política-, las críticas a los “señores políticos”, y el individualismo por sobre lo colectivo. No sabíamos, porque éramos niños, pero tuvimos la suerte de vivir uno de los momentos más esperanzadores de Chile, pero donde a la vez, se estaba gestando uno de los más oscuros de nuestra historia. Pero la mirada infantil, tal como lo señala el psiquiatra Rodrigo Erazo, es una forma de recuperar parte de ese momento a través de sensaciones, voces, olores, formas, ambientes, rostros, estados de ánimo.

Chile nunca volvió ni volverá a ser el mismo después del golpe. Ese día se inició un proceso sin retorno que dividió a los chilenos, torturó y exilió a otros, y truncó la inocencia de cientos de niños que no tuvieron más opción que naturalizar la violencia, crecer con ella y convertirnos en la generación del 80, una generación que creció con miedo, pero que tuvo la fuerza de pararse en su tiempo para expulsar rectores delegados, protagonizar huelgas de hambre para defender los derechos humanos, protestar cuando estaba prohibido protestar y recuperar federaciones de estudiantes, como la Feses (organización de estudiantes secundarios de Santiago) y la Fech, y la que, finalmente, logró construir la Confech, en Valparaíso, el 8 octubre de 1984.

Y aunque la niñez en dictadura ha sido abordada por políticos, historiadores y sociólogos, persiste la deuda con la memoria infantil a través de la mirada inocente y fragmentada, dolorosa y caleidoscópica de los niños y niñas de ese tiempo. Hay muchas deudas con los niños, y la historia de su historia, es una de éstas.

## Fuentes y bibliografía

Alcoba. L. (2008). “La casa de los conejos”. Edhasa.

Ariès, P. (1988). El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Madrid, España: Taurus.  
[http://iin.oea.org/cursos\\_a\\_distancia/el\\_nino\\_y\\_la\\_vida\\_familiar.pdf](http://iin.oea.org/cursos_a_distancia/el_nino_y_la_vida_familiar.pdf)

Castillo P, Peña N. 2017. “Niñez como objeto del discurso de la prensa durante la dictadura chilena (1973-1989)”. Revista Austral de Ciencias Sociales.  
<http://revistas.uach.cl/pdf/racs/n32/art02.pdf>

Castillo P, Peña N., Rojas C., Briones G., 2018 . “El pasado de los niños: Recuerdos de infancia y familia en dictadura (Chile, 1973-1989)”.  
[https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-69242018000200103&lng=pt&nrm=iso](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-69242018000200103&lng=pt&nrm=iso)

Barudi .J. . [s.a] “Los buenos tratos y la resiliencia infantil en la prevención de los trastornos del comportamiento”.[file:///C:/Users/Usuario/Desktop/los\\_buenos\\_tratos\\_y\\_la\\_resiliencia\\_infantil\\_en\\_la\\_prevenccion\\_de\\_los\\_trastornos\\_del\\_comportamiento.pdf](file:///C:/Users/Usuario/Desktop/los_buenos_tratos_y_la_resiliencia_infantil_en_la_prevenccion_de_los_trastornos_del_comportamiento.pdf)

Braunstein, N. (2008). Memoria y espanto o el recuerdo de infancia. México, D. F.: Siglo XXI. <https://psicologiaen.files.wordpress.com/2016/06/nc3a9stor-braunstein-memoria-y-espanto-o-el-recuerdo-de-infancia-1.pdf>

Llobet, V. (2015). ¿Y vos qué sabés si no lo viviste? Infancia y dictadura en un pueblo de provincia. Revista A Contra Corriente. <https://www.aacademica.org/valeria.llobet/108.pdf>

González A. 2018. “El diario de Francisca”. Hueders.

Quinteros L. 2016. “Un exilio para mí”. Mutantes editores.

Cyrułnik B. Anaut M., 2016. “¿Por qué la resiliencia? Lo que nos permite reanudar la vida”. Gedisa.

[https://www.academia.edu/40888838/Por\\_qu%C3%A9\\_la\\_resiliencia\\_Lo\\_que\\_nos\\_permite\\_reanudar\\_la\\_vida\\_Boris\\_Cyrułnik\\_y\\_Marie\\_Anaut](https://www.academia.edu/40888838/Por_qu%C3%A9_la_resiliencia_Lo_que_nos_permite_reanudar_la_vida_Boris_Cyrułnik_y_Marie_Anaut)

Romero Sabater I., 2016. Intervención psicológica en menores expuestos/as a la violencia de género, aportes teóricos y clínicos”. [file:///C:/Users/Usuario/Desktop/2017\\_guia-intervencion-menores-VGenero\\_COPMadrid.pdf](file:///C:/Users/Usuario/Desktop/2017_guia-intervencion-menores-VGenero_COPMadrid.pdf)

Retamal Navarro F. 2019. “Cómo contarle el 11 de septiembre a un niño”

<https://www.latercera.com/practico/noticia/11-de-septiembre-a-un-nino/818637/>

Rodríguez J.M. 2013. Archivo oral: Niños y adolescentes del 73 /Museo de La Memoria

<https://www.youtube.com/watch?v=B3o-AzXkDc8>

## **ENTREVISTAS**

MARÍA JESÚS CATALÁN, sicóloga, terapeuta de Juego y especialista en apego y desarrollo infantil.

RODRIGO ERAZO, psiquiatra y quien fue médico tratante de casos de tortura a través del Codepu (Corporación de Defensa de los Derechos del Pueblo)

## **TESTIMONIOS:**

Claudia Carreño

Ximena Ceardi

Phillipe Dardel

Fernando Jiménez

Marcelo Novoa

Pilar Reyes

Soraya Rodríguez

Eduardo Rossel

Mauricio Tolosa

Franklin Santibáñez

Marcelo Simonetti

Marco Sotomayor

Esteban Valenzuela

